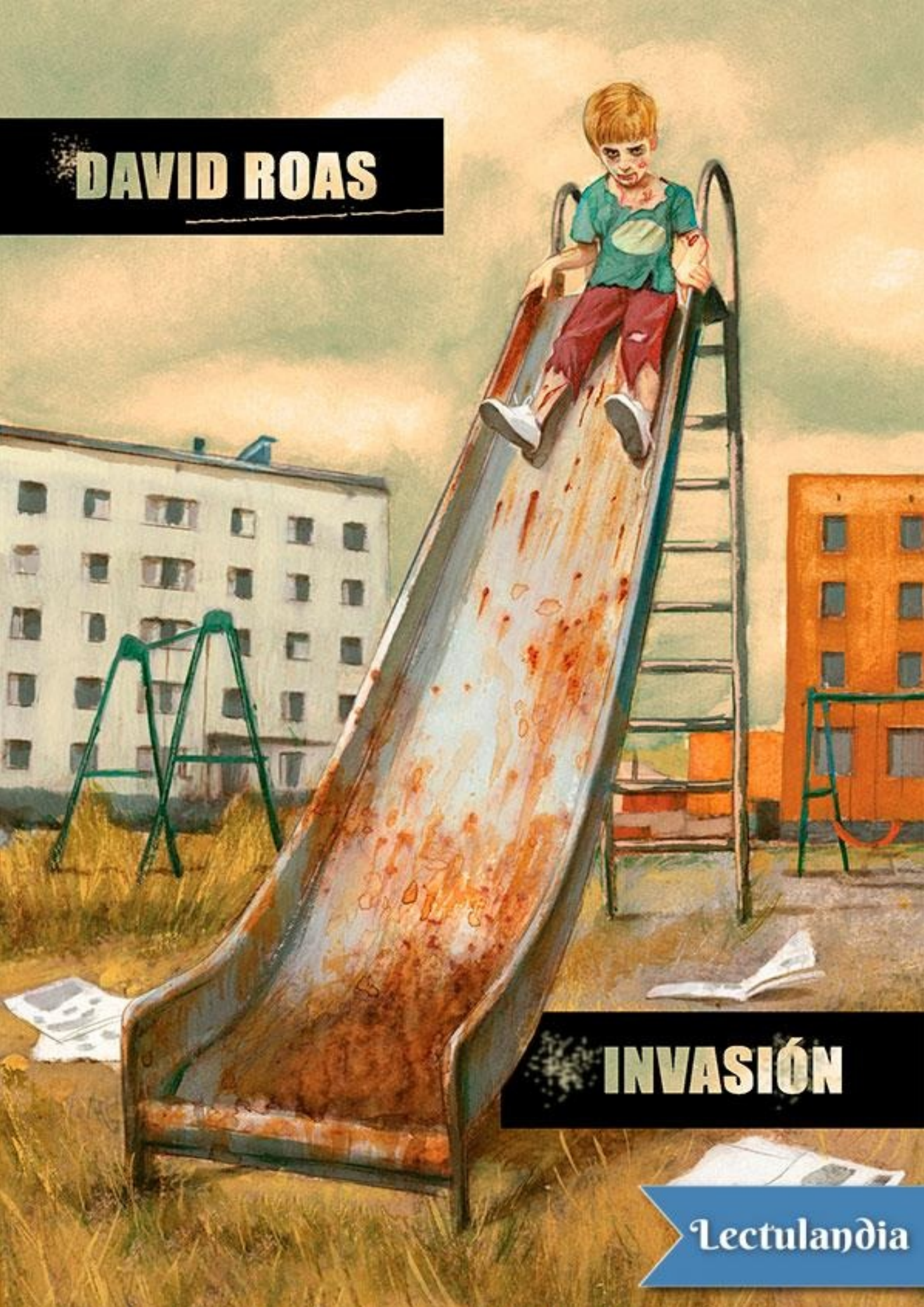




DAVID ROAS

INVASIÓN

Lectulandia

Un niño hambriento observa con mirada muerta desde lo alto de un tobogán; otro construye pequeños ataúdes. Muñecas de ojos vacíos espían a dos amantes, y criaturas nocturnas acechan a los supervivientes. Una casa aparentemente abandonada atrapa a quien se aproxima y otra sobrevive asediada por insectos. David Roas, referente de la literatura fantástica, invade al lector con distintos fragmentos de un mismo espejo que refleja lo inquietante y lo terrorífico de los objetos y los cuerpos que nos rodean.

Estos cuentos, en la mejor tradición actualizada de Lovecraft, Poe o Shelley, confirman que ni nuestra madre ni nuestros hijos son quienes creemos, ni que en nuestro hogar, ni siquiera en nuestra propia habitación, podemos estar seguros. La invasión comienza allí donde menos lo intuimos.

Lectulandia

David Roas

Invasión

ePub r1.0

Titivillus 06.02.2019

Título original: *Invasión*
David Roas, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Ana y David

*A veces temo mover un objeto de su lugar habitual,
pues ese gesto puede originar que el mundo tome un rumbo
desconocido y me aterran los finales imprevistos.*

Elena Garro, *Testimonios sobre Mariana*

*Menos mal que oír no podemos
nuestros gritos en los sueños ajenos.*

Edward Gorey, *Consejos en verso*

*Vivimos en un mundo de atracciones de feria,
donde todo es definitivamente peculiar y definitivamente ridículo.*

Thomas Ligotti, *Teatro Grottesco*

*La mente nos protege de la realidad, pero el ángulo del horror
se encuentra siempre a escasos grados de nuestra rutina, aguardando el momento en
que algo o alguien nos empuje de golpe a verlo todo desde una dimensión distinta,
desde ese punto secreto en el que de pronto ha ocurrido una inversión acaso mínima,
acaso risible, que sin embargo termina por exhibir una verdad inquietante.*

Ignacio Padilla, «Of Mice and Girls», en *El androide y las quimeras*

OBJETOS

LA CASA VACÍA

*La imaginación podía concebir casi cualquier cosa
en relación con aquel lugar.*

H. P. Lovecraft, *En las montañas de la locura*

Era la primera ardilla que veías en el destartelado jardín, tras dos meses asomándote por allí casi a diario. Algo muy raro, porque en el barrio no hay jardín público o privado que no esté invadido por esos animalitos. Te has llevado más de un susto en tu apartamento al descubrir la cara de alguna de ellas observándote fijamente desde el otro lado de la ventana.

La ardilla correteaba por los límites del cuidado césped de la casa vecina cuando, a punto de cruzar la invisible frontera que separa ambas parcelas, se quedó inmóvil durante varios segundos. Quizá escuchaba u olfateaba alguna amenaza, porque, de improviso, dio un salto mortal y salió trotando en dirección contraria para refugiarse entre las ramas más altas de un enorme roble.

En otro momento, en otro lugar, su reacción te hubiera parecido simple casualidad. Aquí no. El comportamiento de la ardilla parecía confirmar la irracional aversión que la casa había empezado a provocarte. Poco después, comprobarías que en aquel jardín tampoco se posaban los pájaros.

Al principio, todo fue muy diferente. La casa y su jardín te parecieron un gran chiste en medio de un barrio tan ordenado y pulcro como College Hill: vecinos de clase media, muchos de ellos profesores de la Universidad de Brown, calles tranquilas, casas de estilo georgiano con elegantes porches de madera, soberbias mansiones de los siglos XVIII y XIX, jardines de céspedes impolutos y arriates de flores metódicamente alineados. Un barrio donde la gente pasea relajada y te da —sin conocerte— los buenos días acompañados —si el tiempo lo merece— de un alegre *What a beautiful day!*, o te lanza una de esas amplias sonrisas que en tus primeros días en Providence te dejaban descolocado, pues las emitía un desconocido, pero a las que enseguida te acostumbraste y aprendiste a devolver de un modo automático: un gesto que siempre has traducido como *Hola-extraño-te-dedico-esta-sonrisa-porque-confío-en-que-no-eres-un-asesino-y-para-que-veas-que-yo-tampoco-lo-soy*. O quizá todo es más sencillo y se trata de gente amable (algo a lo que ya no estás habituado).

La casa no debía estar ahí. Su insensato diseño rompía la armonía de la calle, del barrio. Y eso te gustó.

El descuidado jardín, por comparación con sus aseados vecinos, te cautivó desde el primer instante: densas matas de hierbajos proliferaban sin orden ni concierto entre restos de parterres demolidos por el tiempo; matojos de ortigas reñían con arbustos

raquíticos a la sombra de un frondoso arce que crecía demasiado cerca de la fachada delantera; plantas que no lograste identificar brotaban de baldes de metal medio enterrados en el suelo. Entre la maleza se dibujaba un estrecho sendero que llevaba hasta los escalones de un desvencijado porche de madera, junto al cual habían plantado un abeto medio seco con ajados adornos navideños (las lucecitas estaban apagadas). A tu derecha, casi tocando el impecable jardín vecino, asomaba lo que parecía un tosco gallinero (cuyo único inquilino tardarías en descubrir), junto al cual reposaba una oxidada —y por ello inútil— barbacoa, el mismo trasto que has visto en todas las casas del barrio: no hay fin de semana que el aire no se sature del olor a carne a la brasa.

El desaliñado exterior de la vivienda armonizaba perfectamente con el jardín: la planta baja estaba construida con el ladrillo rojo habitual en las casas vecinas, que aquí aparecía deslucido y quebradizo, aspecto semejante al que presentaban las mohosas láminas de madera que cubrían las paredes del primer piso y de la buhardilla. Los cristales de las ventanas del sótano estaban tapizados con papel de periódico. De un pequeño balcón colgaba una bandera estadounidense destrozada y mugrienta, una estampa nada patriótica si la comparabas con las muchas —demasiadas— enseñas nacionales que ondean esplendorosas en mástiles y tejados. Los habitantes de la casa, sospechaste, debían de ser gente muy peculiar. Y también muy cutre, a juzgar, sobre todo, por la estancia que habían añadido a la planta baja, construida en triste hormigón gris, y por el enorme tubo de aluminio que, partiendo de un roñoso aparato de aire acondicionado, recorría toda la fachada como si fuera la salida de humos de un bar. Los vecinos no debían de sentirse muy felices conviviendo con aquel monumento a la dejadez.

Te pareció una feliz casualidad que la casa estuviera en Angell Street, la calle que vio nacer a H. P. Lovecraft, a quien debías tu viaje a Providence. Gracias a una beca, ibas a pasar tres meses investigando sobre su obra en las increíbles bibliotecas de la Universidad de Brown. El azar también te deparó que la vivienda que alquilaste en Wayland Square estuviera a muy pocos metros de donde mucho tiempo atrás se hallaba la casa natal del escritor, ahora convertida en un insustancial bloque de apartamentos.

Cada día, después de pasar ocho horas encerrado en la John Hay Library, tomaste por costumbre dar un largo paseo por el barrio para despejarte y estirar las piernas un rato. Un pequeño ritual que te llevaba a recorrer, con infantil emoción, las mismas calles por las que tantas veces habías transitado en los cuentos de Lovecraft: Angell, Prospect, Benefit, Thomas, Williams, Barnes... De vez en cuando, antes de regresar a tu apartamento, te acercabas hasta la extraña casa, movido por la curiosidad de saber quién vivía ahí, por conocer qué tipo de gente había creado aquel desastre. Pero, pasaras a la hora que pasaras, la casa siempre se mostraba sin vida.

Aunque no hacía falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que el lugar no estaba deshabitado: los cristales de las ventanas se veían intactos, sus paredes no lucían grafiti alguno ni se veían las esperables acumulaciones de escombros y desperdicios entre la selvática maleza, sin olvidar que el sendero estaba limpio de plantas, lo que evidenciaba que seguían usándolo. Y el buzón —ahí fuiste perspicaz— no estaba lleno a rebosar de propaganda, síntoma inequívoco de la ausencia de inquilinos: no hay día en que al regresar a tu apartamento no debas vaciar el tuyo de montones de anuncios y folletos publicitarios. Lo que no esperabas fue el nombre que aparecía toscamente escrito a mano en uno de los laterales del buzón: Gilman. Quizá se trate de un apellido común en Nueva Inglaterra, pero verlo allí te hizo sonreír al ver invocado de nuevo el espectro de Lovecraft, y por partida doble, pues el autor bautizó Gilman House al siniestro hotel al que va a parar el protagonista de su sobrecogedor relato «La sombra sobre Innsmouth», y Walter Gilman es el nombre del personaje cuyas terribles aventuras se narran en «Los sueños en la casa de la bruja».

El ritual de tus visitas también incluía —sigue haciéndolo— tomar varias fotos con el móvil, que después revisabas con calma en el ordenador. No querías detenerte demasiado rato delante de la casa y, con ello, despertar los recelos de sus moradores y vecinos, y menos siendo extranjero. Tu cerebro evocó algunos tópicos de la mitología yanqui: el tipo airado que sale a amenazarte apuntándote con un Winchester para que abandones *inmediatamente* su propiedad (aunque dudas de que eso pueda ocurrir en la civilizada Nueva Inglaterra); o el rudo policía que aplasta tu cuello bajo su musculosa rodilla tras haber sido alertado por algún vecino asustadizo (aunque los polis de aquí te parecen mucho más amistosos que los que suelen aparecer en los telediarios).

De vuelta a tu apartamento, volcabas las fotos en el ordenador y las revisabas sin prisa, ampliándolas, buscando algún detalle que se te hubiera escapado en el rápido examen que disimuladamente realizabas de la casa. Así te diste cuenta de que el jardín aún tenía muchas cosas que mostrar.

El primer objeto en aparecer fue el inesperado inquilino del gallinero: un flamenco de plástico rosa que, al principio, te pareció muy cómico y corroboró tu primera hipótesis sobre los habitantes de aquella casa. Una imagen grotesca que habría encantado a John Waters.

Junto a los escalones del porche, descubriste un triciclo infantil rojo, tan oxidado como la barbacoa. Semanas después, seguía en el mismo lugar, sin que nadie lo hubiera movido ni un milímetro.

Los baldes semienterrados en el suelo también encerraban una sorpresa que, de nuevo, te había pasado desapercibida por culpa de la frondosa vegetación. En cada uno de ellos, quizá imitando a los típicos enanitos de jardín, habían colocado un muñeco: imágenes en miniatura de los superhéroes de cómic, algunos en un estado bastante cochambroso. Gracias al *zoom* descubriste a Thor, Spiderman, Hulk y Iron Man.

El último de esos hallazgos estaba a los pies de la barbacoa: una sucia mochila infantil decorada con el lema *When I grow up I want to be a pirate*. Un objeto que nadie ha retirado todavía de allí.

Como piezas de un puzle, aquellos objetos —unidos al aspecto calamitoso de la casa y el jardín— empezaron a encajar entre sí y proyectaron en tu mente la imagen de un individuo huraño (al que no tardaste en añadir una mirada turbia, pelo enmarañado y vestimenta desastrada), un pobre tipo al que su familia habría abandonado tras algún terrible drama cuyos vestigios más evidentes estaban en el triciclo, los superhéroes y la mochila olvidados entre la maleza.

La casa había añadido cierta animación a la monótona vida que llevabas en Providence. Sin obligación de impartir clases, tus días transcurrían solitarios encerrado en la biblioteca, salvo esporádicos encuentros con algún que otro profesor para compartir un ligero almuerzo aún más fugaz. Pasabas jornadas enteras sin soltar una palabra, más allá de la mínima conversación con la encargada de la cafetería *self-service* situada en el hall de la Rockefeller Library: *Good morning. Good morning. Just a coffee? Yes, thank you. Two dollars. Have a nice day. You too. Bye. Bye.*

Te acostumbraste enseguida a una vida rutinaria y metódica que no era tan diferente de los hábitos y obligaciones de tu vida real. Tampoco te importaba demasiado el aburrimiento al que te condenaban tu soledad y, sobre todo, tu escaso interés por establecer relaciones que finalizarían con tu vuelta a casa. Lo único que te importaba era sacarle el máximo partido a tu investigación, antes de regresar a tu raquítica universidad.

Aun así, decidiste que los fines de semana, para descansar del invariable trabajo en las bibliotecas, los dedicarías a visitar otras ciudades cercanas, también cargadas de literatura: New Bedford, Boston, Nantucket...

Si, pese a todo, te quedabas en Providence, seguías recorriendo los muchos lugares vinculados a las ficciones de Lovecraft, paseos que solían incluir Gilman House (así la bautizaste como irónico homenaje al escritor), justo antes de regresar a tu apartamento. Poco a poco habías convertido la historia de su dueño en un *tópico melodrama de Hollywood: una carrera universitaria truncada por la tragedia familiar, el inevitable descenso a los infiernos del alcohol, el trato cada vez más agrio con los vecinos (y el vacío de estos como respuesta), el jardín abandonado como reflejo de su propio abandono físico y mental, la cocina abarrotada de platos sucios y cacerolas con restos de comida, un calendario roñoso colgado en la pared detenido en el mes de marzo de 2010.*

El descubrimiento del pequeño cobertizo modificó el escenario y con él los personajes, el argumento y el género del relato. El melodrama se convirtió inevitablemente en una historia de serial killers.

Nunca habrías reparado en el cobertizo si no hubieras ampliado una de las muchas fotos que tomaste del jardín. Aunque solo podías ver una pequeña parte (el resto lo ocultaban la propia casa y los arbustos cada vez más altos del jardín delantero), era evidente que se trataba de una construcción de madera de un par de metros de altura pintada de un alegre color violeta, cuyo aspecto bien conservado no encajaba entre tanta decrepitud. Tu imaginación volvió a hacer de las suyas. Aquel cobertizo era el lugar ideal para mantener a alguien oculto. Un alguien que, además, no sería el primero: no tuviste que esforzarte mucho para convertir los baldes semienterrados del jardín en marcas que disimulaban las tumbas de los anteriores huéspedes del cobertizo y advertían al asesino del terreno ya ocupado.

Google te ayudó a recordar alguna de las muchas historias que habías leído sobre psicópatas reales. Como la del inglés Fred West, quien, entre 1967 y 1987, con la ayuda de su mujer, violó, mató y enterró en su casa al menos a doce mujeres; o la de Dorothea Hellen Gray, dueña de una casa de huéspedes en la que acogía ancianos a quienes, tras robarles, asesinaba y enterraba en su patio (asumió haber matado a nueve a lo largo de los años ochenta). Aunque tu preferido era John Wayne Gacy, más conocido como «Pogo, el payaso» (se dedicaba a amenizar fiestas infantiles), al que la serie *American Horror Story* había homenajeado en su cuarta temporada; Gacy violó y asesinó a treinta y tres hombres jóvenes entre 1972 y 1978, veintiséis de los cuales acabaron enterrados en el sótano de su casa.

Sentado frente al ordenador, imaginaste lo sencillo que debía de ser seleccionar a tu víctima, atraerla a casa, encerrarla en el cobertizo y, tras torturarla y/o violarla, enterrarla despreocupadamente en el jardín, cuyo caos disimularía la presencia de las tumbas. Aunque quizás aquel tipo usase también el sótano, de ahí el haber cegado sus cristales con papel de periódico. College Hill es un barrio de gente tranquila en el que no quedan ventanas iluminadas después de medianoche.

El nuevo personaje modificó tu interés por la casa: ahora tus ojos escudriñaban con atención el jardín en busca de algún cambio. De alguna tumba reciente. Pero, como era de esperar (y así lo confirmaron las fotos que ibas tomando), la única alteración que se percibía era el esperable (y descontrolado) crecimiento de las plantas.

En alguna ocasión, sentiste la absurda tentación de cruzar el jardín y acercarte al cobertizo, apoyar tu oreja en la madera y escuchar.

Todo cambió el día en que acabaste ante Gilman House sin proponértelo.

Llevabas un par de semanas sin visitar la casa, aburrido de su mutismo. El *serial killer* había dejado de pasearse por tu imaginación, como antes lo había hecho el padre traumatizado por el terrible drama familiar. Era mejor dejar que tu fantasía deambulara por los decorados lovecraftianos que Providence te ofrecía y de los que nunca te has cansado: la mansión Fleur de Lys, en la que el artista Henry Wilcox soñó con Cthulhu; la imponente Saint John's Cathedral; The Halsey House, hogar de

Charles Dexter Ward... En ciertas ocasiones, dando un largo paseo, dejabas College Hill y, cruzando el río Providence, te acercabas hasta Federal Hill, barrio en el que ya en tiempos de Lovecraft se asentaba la comunidad italiana y que siempre describió como un espacio maldito y degradado (el racismo tiene esas cosas); paseando por sus calles, lamentaste que ya no estuviera en pie la Saint John's Roman Catholic Church, donde la Secta de la Sabiduría de las Estrellas adoraba al Morador de las Tinieblas.

Ese día habías cambiado tu rutina de trabajo. La excusa de revisar varias adaptaciones gráficas de cuentos de Lovecraft te permitió conocer la biblioteca de The Athenaeum, otro lugar cargado de literatura por el que incluso había pasado Edgar Allan Poe. Habías ido aplazando la visita y la dificultad de conseguir los libros en la colección de la John Hay Library fue el pretexto perfecto para pasar unas horas en aquel lugar fascinante.

Justo en el momento en que abandonabas el edificio, empezó a lloviznar. Como las nubes presagiaban tormenta, aceleraste el paso mientras buscabas en Google Maps el camino más rápido: tomar George Street, girar por Brooks, tomar Waterman a la derecha hasta Wayland Avenue y de ahí directo a Wayland Square. Muy fácil.

Todavía no te explicas cómo acabaste frente a Gilman House. Quizá te despistó la tormenta. Quizá fue la prisa por llegar a tu apartamento. Lo único cierto es que el camino elegido no pasaba ni de cerca por Gilman House. En ese momento no le diste importancia a tu desorientación.

Bajo la tormenta, la casa perdía sus formas. Parecía más vacía y solitaria que de costumbre.

Llegaste a tu apartamento completamente empapado. Mientras te secabas, bromeaste sobre tu torpeza por no haber desconectado el piloto automático y haber dejado que la inercia guiara tus pasos. No es fácil perderse en un barrio tan ordenado como College Hill. O quizá —pensaste dejándote poseer por el espíritu de Lovecraft— aquella casa malsana y espectral reclamaba tu atención tras un par de semanas de olvido.

Dos días después volviste a aparecer, sin pretenderlo, frente a Gilman House. Y eso ya no te resultó divertido. Sobre todo, porque después siguió ocurriendo. Por mucho que estuvieras atento al camino, por mucho que improvisaras aleatorios recorridos, tus pasos acababan conduciéndote hasta la casa. Del desconcierto no tardaste en pasar a la inquietud.

Quizás eso —te dijiste— ya te había ocurrido en otras ocasiones y no te habías dado cuenta. Preocupado por descubrir a los esquivos inquilinos —ya fuera en su encarnación melodramática o bajo el aspecto de asesinos en serie—, no te apercibiste de que Gilman House te había atrapado y empezaba a obsesionarte. Aunque era absurdo aceptar que tomaras el camino que tomaras, este te llevara hasta allí. Demasiadas horas leyendo a Lovecraft, demasiado tiempo a solas contigo mismo. Acudieron a tu mente los muchos cuentos que el autor dedicó a extrañas casas que ejercen una terrible influencia sobre los que las visitan, lugares que encierran oscuros

secretos, como ocurre en «Los sueños en la casa de la bruja», «La casa evitada» y «El alquimista».

Buscaste una explicación racional, algo a lo que agarrarte: tus paseos te conducían ante la casa porque tu mente necesitaba comprobar que todo seguía igual, que Gilman House no era más que una casa vacía que tu imaginación había ido rellenando con personajes tópicos y argumentos aún más banales.

Fue entonces cuando tuvo lugar el episodio de la ardilla. Y tu mente de inmediato transformó lo que no debía de ser más que el caprichoso comportamiento de un roedor en un signo de que Gilman House escondía algo más que una simple vivienda vacía. Porque era evidente que la ardilla tenía miedo de pisar el jardín. Eso podía explicar la injustificable ausencia de tales animalitos dentro del perímetro de la casa. Revisaste las muchas fotos que habías tomado del jardín y comprobaste con asombro que en ellas jamás aparecía una ardilla. Sin embargo, esas mismas fotos te mostraron a varias de ellas correteando por los jardines colindantes. Fue entonces cuando te diste cuenta de que tampoco aparecía pájaro alguno moviéndose entre las plantas del jardín o posado en las ramas del arce.

La casa ha dejado de ser una simple anomalía en medio de la ordenada corrección del barrio y se ha convertido en un lugar amenazador que te provoca una incontrolable aversión. Pero ello no te ha impedido volver a vigilarla. Incluso has investigado sobre ella. Pero la búsqueda en Google «201 Angel Street» no ha revelado ningún dato siniestro —ni tampoco normal— sobre el lugar.

Protegido por las sombras, estas últimas noches has permanecido largo rato espionando Gilman House, tratando de no despertar sospechas. Pero, como siempre, la casa no ha salido de su mutismo. Y eso no te ha calmado. Sin dejar de experimentar una creciente angustia, también te has sentido ridículo ante esta obsesión —no dejas de decírtelo una y otra vez— por lo que no es más que una simple casa de aspecto lamentable.

Hoy tu estancia en Providence llega a su fin. Y no puedes marcharte sin hacer una última visita a Gilman House. Como despedida y como confirmación de que todo lo que has fantaseado en estos meses no es más que eso: pura imaginación.

Casi te ríes al ver que hay luz en una de las ventanas de la planta baja. ¿Una última jugarreta de la casa? Otro pensamiento absurdo. Simple azar.

Aun así, necesitas echar una ojeada. Animado por saber que es la última vez que vas a estar ante la casa, sorprendido de tu audacia, empiezas a recorrer el mínimo sendero. Sabes que lo que vas a hacer es estúpido, pero al mismo tiempo te sientes eufórico por atreverte a pisar el jardín. Te deslizas sigilosamente hasta la ventana iluminada, tratando de hacer el menor ruido, los sentidos alerta, preparado para echar a correr ante la menor amenaza.

Solo han sido unos segundos, pero te han parecido horas. Respiras de forma entrecortada. Protegido por las frondosas ramas del arce que se apoyan en el cristal de la ventana, te asomas muy despacio. Pese a lo que esperabas, el interior nada tiene que ver con el exterior. La habitación está limpia y ordenada, las paredes están recubiertas de estanterías blancas de IKEA repletas de libros, un par de sofás bien conservados. Una estancia normal, como cualquier otra, como tu propio apartamento.

Al fondo de la habitación, ante la ventana que da a la fachada lateral de la casa, hay un hombre sentado junto a una mesa. Está de espaldas, escribiendo en un ordenador portátil, ajeno a tu presencia al otro lado del cristal. Sobre la mesa hay varios libros. Sientes un pequeño escalofrío al leer el nombre de Lovecraft en la portada de alguno de ellos. Otro azar.

Es en el momento en que levanta la cabeza y te mira, cuando sabes que todo aquello no puede estar sucediendo. Su gesto de desconcierto debe de ser el mismo que se acaba de dibujar en tu rostro. Aturdido por la visión, te quedas paralizado, como aquella ardilla que no se atrevió a pisar el caótico jardín. Antes de que el hombre se mueva, tomas una foto y sales corriendo sin mirar atrás, agarrando el móvil con fuerza, atemorizado por la posibilidad de perderlo, dudando de que aquella foto imposible haya quedado registrada en la tarjeta de memoria.

Cuando llegas a tu apartamento, no te atreves a revisar la foto, aunque, por seguridad, copias en el ordenador la carpeta con las imágenes que has tomado en los últimos días y lo apagas. Debes intentar dormir (aunque no lo conseguirás), pues mañana tienes un largo viaje de vuelta a casa.

Volando sobre el Atlántico, muy lejos ya de Gilman House, sentirás, por fin, el ánimo necesario para conectar el ordenador.

Buscarás la foto. La imagen estará ahí. La ampliarás, deseando que no sea más que una distorsión provocada por la escasa luz, que lo que en verdad esté ahí impreso sea el reflejo de tu cara en el cristal y no el rostro del lector de Lovecraft mirándote con ojos de inquietud y asombro.

TRABAJOS MANUALES

Para Gilberto

La costumbre de robar santitos en casa de las vecinas empezó mucho más tarde, como una continuación lógica de su afición por la construcción de altares.

Pablito tenía unos cinco años cuando empezó a fabricarlos. Al principio, aquellos pequeños altares eran muy simples: un tosco trozo de madera más o menos regular cubierto por un tapete de ganchillo sobre el que había colocado una cruz también de madera y un par de figuras modeladas con plastilina. Los muertitos, decía el niño con una traviesa sonrisa. Poco a poco los fue complicando con más figuras (combinaba las de plastilina con soldaditos, vaqueros e indios de plástico), velas, flores que arrancaba del destartado jardín de su madre y dibujos en los que iban apareciendo las primeras palabras que aprendió a escribir (su nombre, el de mamá, los de sus hermanas).

Quien los vio recuerda la perfección y detalle de aquellas miniaturas que iba repartiendo por todas las estancias de la casa y que su madre y sus hermanas mayores recibían siempre agradecidas (aunque después las guardaran en un cajón o las perdieran en el fondo de algún armario). A todas divertía aquella original afición del niño.

Nunca explicó por qué los hacía, ni nadie le preguntó. Quizá todo se debiera a la irrefrenable pasión de su madre por los funerales. Desde el mismo momento en que nació, Amelia lo llevaba con ella a cuantos velatorios y entierros se celebraban en el pueblo. De familiares (primero su abuela y luego su padre, siendo él todavía un bebé), de amigos, de vecinos, de extraños. La muerte está siempre a nuestro lado, Pablito, y hay que acostumbrarse a ella, le explicaba con dulzura. Los muertos nunca se van del todo.

Asomado sobre el féretro desde los brazos de su madre, el niño observaba los cadáveres en silencio. Nunca protestó ni lloró. Aquellos seres absolutamente inmóviles, con los ojos cerrados y vestidos con sus mejores galas, parecían fascinarle. Pero ni siendo muy bebé hizo jamás el intento de querer tocarlos, o de hablarles. Él no hacía otra cosa que observarlos con gesto pensativo y, a veces, con una enorme — e inesperada — sonrisa. Mientras los adultos comían, bebían y charlaban sobre el muerto, Pablito, muy formal, se quedaba sentado en una silla, esperando tranquilo a que su madre viniera a recogerlo y regresaran a casa. Las vecinas (las viudas, como siempre, eran más abundantes que los viudos) estaban encantadas con aquel niño tan educado.

Todo cambió cuando empezó a construir pequeños ataúdes que colocaba sobre cada uno de los altares. Pablito debía de tener ya siete u ocho años y su pericia

resultaba envidiable. En sus hábiles manitas aquellos trozos de madera se convertían ahora en mínimas tablas que encajaban exactas para dar forma a aquellos diminutos féretros, que después barnizaba y sobre cuyas tapas dibujaba una refinada cruz. Su interior no envidiaba en nada al perfecto acabado exterior: Pablito había aprendido a coser con sus hermanas, y con los retales que estas le regalaban forraba elegantemente sus ataúdes, en los que incluso colocaba una almohadita adornada con puntillas.

Una insólita afición que esta vez sí preocupó a su madre, sobre todo cuando comprobó que Pablito no dejaba vacíos aquellos elaborados féretros. Sus hijas llevaban quejándose desde hacía días de que alguien les robaba las muñecas, aunque Amelia no les había hecho mucho caso: sabía lo atolondradas que eran, lo poco que valoraban aquellos juguetes que a ella tanto le costaba comprar. El misterio se resolvió cuando una de ellas abrió por azar uno de los ataúdes (el del altarcito del recibidor, uno de los últimos que el niño había construido) y encontró allí dentro a Mariluz, su Barriguitas más querida, envuelta en una delicada mortaja que Pablito había confeccionado con el mismo cuidado que sus minuciosos féretros.

Los gritos de la niña atrajeron a la madre y a sus otras dos hermanas. Cuando lograron calmarla (escena que Pablito observó divertido), se organizó una curiosa procesión de altar en altar: en cada uno de ellos el niño, bajo la mirada de reproche de su madre, tenía que abrir los ataúdes, sacar las muñecas y, tras pedir perdón, entregárselas una a una a sus hermanas (las lágrimas de la primera se habían contagiado al resto al ver a sus Barbies, Barriguitas y Nancys perfectamente embaladas en sus siniestras mortajas). Acabada la procesión, Pablito se llevó la primera reprimenda de su vida.

Aunque en el fondo Amelia se sentía culpable de fomentar (de forma inconsciente) el siniestro pasatiempo de su hijo, la pobre mujer no tuvo más opción que amenazarlo con un severo castigo si seguía con esos juegos. El áspero tono de sus palabras sorprendió al niño, que, en silencio, y con gesto compungido, escuchó cómo su madre le ordenaba que a partir de ese momento se olvidara de ataúdes y altares (que después de la bronca recogieron y encerraron en el desván) y, sobre todo, que dejara tranquilas a las muñecas de sus hermanas.

La reprimenda, al parecer, surtió efecto, porque pasaron los meses y Pablito no volvió a fabricar otro altar. En lugar de eso, y seguramente para congraciarse con ella, orientó sus diestras manos a otra actividad: cuidar el pequeño jardín que esta trataba torpemente de hacer crecer en la parte trasera de la casa. Amelia cada vez pasaba más horas en la fábrica y ya no tenía tiempo de encargarse de sus plantas.

En pocas semanas, Pablito convirtió el jardín en la envidia de los vecinos. Con la misma dedicación y esmero con los que fabricaba sus altares y pequeños ataúdes, el niño se entregó al cuidado de aquellas plantas. Sumergido en su reino vegetal, solo su madre, al llegar por la noche del trabajo, lograba, con no poco esfuerzo, obligarle a

entrar en casa, después de que se lavase aquellas manos siempre manchadas de tierra húmeda.

Fue doña Herminia, en representación del resto de vecinas, la que acusó al niño de haber robado los santitos que cada una de ellas honraba en su casa. Perdóneme que se lo diga, Amelia, pero lo que ha hecho su hijo es una cosa muy blasfema. Al parecer, doña Ermelina, otra de las vecinas del barrio, lo había visto saltar la valla de su jardín cargado con un pequeño bulto que no había dudado en identificar como su san Antonio de Padua. Tras escuchar a la mujer, Amelia hizo entrar a Pablito y le preguntó si aquello era cierto. Este contestó que no, que a él nunca se le ocurriría hacer esa maldad, que debió de ser otro niño el que doña Ermelina vio. Amelia, que conocía bien a su hijo, zanjó rápidamente el asunto: Sepa usted, doña Herminia, que mi Pablito es incapaz de hacer eso de lo que usted le acusa. Si él dice que no se llevó sus santitos (dijo santiguándose), yo le creo. Y, casi a empujones, acompañó a la anciana hasta la puerta de la calle. Antes de salir, doña Herminia miró recelosa a Pablito. En la cara del niño se dibujó otra amplia sonrisa.

El jardín crecía sin parar. Las enormes y lozanas hortensias se extendían junto a una espesa selva de dalias y de jacintos de un intenso color morado. Jazmines y begonias asomaban lustrosos entre los rosales. El niño había creado allí un pequeño paraíso vegetal.

Una esplendorosa mañana de domingo, Amelia salió al jardín. Sus hijos todavía dormían. Al pasar junto a la mata de hortensias, su pie tropezó con algo. En lugar de la piedra que esperaba encontrar, vio un trozo de madera que asomaba de la tierra. Enseguida supo lo que era: uno de los pequeños ataúdes de Pablito. Sin saber muy bien por qué, lo abrió y de él cayó una figura de escayola envuelta en una de aquellas elaboradas mortajas que cosía su hijo. El san Martín de Porres de doña Patro. Lo había visto mil veces en el altarcito que decoraba el recibidor de su casa. La mujer escarbó un poco más allá, bajo la misma mata de hortensias, y apareció otro ataúd: contenía el san Antonio de Padua perdido por doña Ermelina. Pablito se la iba a cargar. Dominada por la curiosidad, Amelia siguió revolviendo la tierra bajo las plantas.

Enterrados entre las dalias aparecieron dos ataúdes más. Uno contenía una Barbie sin cabeza y el otro el cadáver a medio corromper de un gorrión. Amelia sintió un escalofrío de inquietud. Una sensación que se intensificó cuando, tras exhumar bajo las begonias dos pequeños féretros, encontró en cada uno de ellos, envuelta en su blanca mortaja, una cría de gato.

Las tres sepulturas siguientes las ocupaban una enorme rata, un loro (con el verde plumaje aún lustroso) y algo que parecía un conejo al que hubiesen amputado las orejas.

El color morado de la inmensa mata de jacintos resplandecía majestuoso al fondo del jardín.

CEREZO ROSA

Para Eduardo Berti, por provocarme delirios

Estuve en Benidorm y me acordé de ti.

Doña Elvira siempre lee con emoción la frase impresa en el vaso antes de sumergir en él la dentadura postiza. Después apaga la luz y espera a que el sueño llegue.

Como cada noche, no puede reprimir un asomo de orgullo, pues la dentadura luce impoluta. Mujer ordenada, doña Elvira la cuida con esmero. Todos los días después de cenar, sin excepción, añade al vaso de agua, tal y como le indicó el farmacéutico, una tableta efervescente para eliminar el sarro y la placa dental.

Una vez la pastilla ha cumplido su higiénico efecto, pasa amorosamente un cepillito, sin prisa, diente por diente. A continuación, la seca con un suave paño de seda y la devuelve al vaso, que siempre llena con agua mineral; no se fía de la del grifo.

Aquel viaje fue, sin duda, el último momento de felicidad con Alfredo. Diez años atrás, diez años antes de su muerte. Recién jubilados, fue doña Elvira quien propuso esas pequeñas vacaciones. La verdad es que lo pasaron muy bien en Benidorm. Su marido parecía relajado, como si, por fin, hubiera olvidado el nerviosismo y los agobios que le producía la tienda de ultramarinos. A ella, sin embargo, le gustaba pasar los días tras el mostrador y recibir a los clientes con una sonrisa, incluso cuando su número empezó a descender de forma alarmante. Cerrarla le dio mucha pena. Y miedo, ante lo que podía suponer para ambos esa forzosa jubilación.

Cada vez que pasa por la farmacia (y son muchas), doña Elvira cuenta orgullosa el mimo con el que cuida la dentadura, sus desvelos por mantenerla inmaculada. Pero nunca les ha dicho que no es suya, que ella no necesita prótesis alguna. A sus setenta y siete años, para sorpresa de su odontólogo, sus dientes están perfectos. Genética y pulcritud, se dice satisfecha.

Lo mismo que le faltó a su marido. Después de años de continuas molestias y extracciones, Alfredo había tenido que renunciar a sus maltrechos dientes. Por su cabeza nunca había pasado que acabaría usando dentadura postiza. Quizá por eso no logró acostumbrarse a ella. Cada comida era un sufrimiento. Pronunciaba mal. Doña Elvira no ha olvidado aquel día en que, hablando con unos vecinos en el rellano de la escalera, la prótesis salió volando e impactó en el pecho de su amiga Remedios. Ni ella misma pudo contener la risa. Alfredo se pasó varias semanas enfadado, sin hablarle. Nada extraño por aquel entonces.

Como el vaso de Benidorm, la dentadura le pareció un buen recuerdo para conservar. Ella misma la retiró de la boca de su marido antes de que lo incineraran.

Mañana tiene que ir sin falta a la farmacia. Se le están acabando las pastillas efervescentes. Y sería bueno también cambiar el cepillito. Hace seis meses que empezó a usarlo y las cerdas se están desgastando.

Seis meses ya sin Alfredo.

De pronto, una canción invade el silencio del cuarto e interrumpe sus pensamientos. Aunque sus noches son un constante duermevela (sueño de vieja, lo llama ella), doña Elvira espera que los vecinos no hayan organizado una fiesta. Hoy se siente muy cansada.

Al principio le cuesta reconocerla, pues llega hasta su cama con un tono amortiguado. *Cerezo rosa*. Ya es casualidad. Cuántas veces la bailaron en el hotel de Benidorm.

Aquel cerezo rosa que creció
en un rincón de tu jardín,
junto al manzano blanco floreció
mi amor por ti.

Nos parecía entonces un edén
de nuestros juegos de candor
y allí al besarnos por primera vez
sentí el amor.

Lejos de las exigencias de la tienda, se levantaban tarde, iban un rato a la playa, paseaban, bailaban en la sala de fiestas del hotel... Incluso volvieron a hacer el amor. Siete días de descanso y felicidad.

Arrullada por el recuerdo, se queda dormida antes de que la canción termine.

Tras levantarse inusualmente tarde y descansada, doña Elvira queda para merendar con su amiga Remedios. Pero antes debe pasar por la farmacia, que no se le olvide.

Regresa a casa un poco achispada. En la cafetería, saltándose todas las normas, se ha tomado tres copitas de anís y un empalagoso pastelito de crema. Todo por culpa de la loca de Remedios, empeñada en hacerla brindar por sus primeros seis meses de libertad. Doña Elvira, mujer flemática, no ha podido reprimir una maliciosa sonrisa.

Tras limpiar la dentadura, se mete en la cama y apaga la luz.

La canción no tarda en aparecer.

Tumbada en la oscuridad, trata de localizar el origen del sonido. La música se escucha muy cerca de la cama. Solo puede venir del apartamento contiguo. Cuando trata de arrimar su oreja a la pared para cerciorarse, se apoya en la mesita de noche y a punto está de volcarla.

En el mismo momento en que agarra el vaso para evitar que se derrame, descubre que la canción surge de su interior.

No olvidaré yo jamás
el beso aquel que te di
que aprisionó nuestro amor
aquella tarde feliz.

Fue como bella ilusión
que floreció con ardor,
fue hechizo, fue gran pasión
que nos unió.

A su regreso de las vacaciones, doña Elvira compró el disco de Jorge Sepúlveda. Lo ponía a todas horas. Escuchar *Cerezo rosa* la hacía sentirse feliz, incluso entremezclada con las constantes protestas de Alfredo. Tras aquellos siete deliciosos días, doña Elvira pensó —tontamente— que su marido cambiaría. No solo por tomarse unas pequeñas vacaciones, sino por librarse por fin de la tiranía de la tienda. Todo lo contrario. Alfredo se fue haciendo cada vez más huraño. Con el tiempo dejó de salir de casa. Pasaba las horas sentado en el sofá leyendo minuciosamente el periódico.

Todavía fue peor cuando, un par de años después de su forzosa jubilación, tuvo que ponerse la dentadura postiza. Sus horas de encierro se llenaron de quejas y amargura.

Benidorm fue solo un espejismo.

Pese a todo, la canción le trae buenos recuerdos. Qué azar volver a escucharla justo ahora.

Siguiendo un inexplicable impulso, doña Elvira saca la dentadura del vaso. En ese mismo instante, el volumen de la canción aumenta. Y si no fuera imposible, juraría que la voz que la canta no es la de Jorge Sepúlveda sino la de Alfredo. Y que no lo hace mal.

La canción termina y la dentadura regresa a su silencio. Doña Elvira aguarda unos minutos. Como no vuelve a cantar, la sumerge de nuevo en el vaso.

Poco dada a lo supersticioso y sobrenatural, doña Elvira empieza a temer que todo sea cosa de su mente, que el primer asalto contra el Alzheimer haya empezado.

Al día siguiente, se queda en casa esperando ansiosa que la dentadura vuelva a cantar.

Mientras esta sigue en silencio, busca el disco de Jorge Sepúlveda. Hace años que no lo escucha. Al principio ponía la canción para animarse y también con la secreta (e ingenua) intención de que esta trajera de regreso al otro Alfredo, el que se quedó en

Benidorm para no volver. Más adelante, empezó a utilizarla para fastidiar a su marido, que siempre protestaba cada vez que ella la escuchaba. Aunque era una mujer paciente y comprensiva, no tardó en hartarse de ver a todas horas a Alfredo sumergido en su periódico, de oírlo protestar sin pausa por cualquier cosa, de quejarse de la maldita dentadura. Incluso llegó a echar de menos su última época frente a la tienda, cuando no era más que un hombre nervioso y estresado.

Después de una sonora bronca, decidió no escuchar más el disco y lo guardó en el viejo arcón de la salita. Salvo en un par de ocasiones, no había vuelto a sacarlo de allí.

La voz de Jorge Sepúlveda la transporta inmediatamente a aquel efímero oasis que fue Benidorm.

Como de costumbre, doña Elvira se acuesta pasadas las diez. En el mismo momento en que apaga la luz, la dentadura vuelve a cantar *Cerezo rosa*. Y como ocurrió ayer, la interpreta solo una vez.

Que la canción irrumpa de nuevo en su cuarto la tranquiliza y la inquieta por igual. De algún modo, la repetición horaria le confirma que no puede tratarse de una alucinación ni de un síntoma de Alzheimer, aunque al mismo tiempo sabe que es imposible que pueda escucharla.

No puede negar que también le divierte que sea la voz de su marido la que la cante. Menuda ironía, se dice, con lo que él la odiaba. Aunque quizá lo que está sucediendo sea más bien un castigo.

Tras pasar el día en duermevela, aunque alerta por si Alfredo vuelve a interpretar *Cerezo rosa*, llega por fin la noche. Doña Elvira se pone a limpiar cuidadosamente la dentadura. Hoy se demora más que de costumbre.

A media tarde ha telefonado Remedios para invitarla a salir de paseo, pero doña Elvira se ha excusado diciéndole que no se sentía bien. Remedios, preocupada, se ha ofrecido para visitarla, pero ella le ha quitado importancia: No es nada, mujer, ayer los vecinos dieron una fiesta y no me dejaron dormir. Prefiero quedarme descansando en el sofá, pero mañana, si quieres, podemos tomar otra copita de anís en la cafetería.

Debería contarle a Remedios lo que ocurre con la dentadura. Con ella lo comparte todo. O casi todo, porque aún no se ha atrevido a explicarle que Alfredo no murió de un ataque al corazón. El otro día, animada por las copitas de anís, estuvo a punto de confesarle su secreto. Pero prefirió seguir callada. Aunque tiene claro que su amiga, siempre tan comprensiva, entendería perfectamente lo que había ocurrido.

La idea la sacó de una novela. Doña Elvira había vuelto a la lectura más como refugio que como entretenimiento. Las horas en casa le resultaban largas y penosas. La única televisión que tenían estaba en la salita, donde Alfredo se enraizaba con su eterno periódico y solo salía de su ensimismamiento para quejarse del programa que ella estaba viendo, fuera cual fuera. Así que, poco a poco, doña Elvira dejó de

asomarse por la salita, salvo para limpiarla y para avisar a su marido de que la comida estaba lista. El cuartito de la costura se convirtió en su guarida (el exilio lo llamaba ella) y allí pasaba horas y horas sumergida en las novelas que Remedios le prestaba. Las que más le gustaban eran las policiacas.

Ya había leído tres novelas de Shirley McNally, cuando su amiga le recomendó *Balada para una mujer sola*. Esta te va a encantar, ya lo verás.

Doña Elvira pensó que Remedios, siempre burlona, lo decía por el título. Pero enseguida se dio cuenta de que se la había sugerido por otra razón. La historia de aquella anciana casada con un hombre insufrible era muy parecida a la suya. Demasiado. Se reconoció inmediatamente en la pobre mujer —Barbara— atrapada en una vida de hastío, como también vio en el marido un inquietante duplicado de Alfredo: el hombre no había podido superar su jubilación forzosa (dueño de una ferretería, tuvo que cerrarla cuando inauguraron un centro comercial en el barrio) y se pasaba las horas viendo deportes en televisión, quejándose de todo, con mil y un achaques y —eso la asustó— torturado por una dentadura postiza a la que nunca acababa de acostumbrarse.

Y se asustó aún más cuando llegó al desenlace, puesto que la protagonista utilizaba la propia dentadura como arma para librarse de aquel hombre insoportable.

Barbara, como buena inglesa, era aficionada a la jardinería. Entre las plantas que cuidaba con esmero, crecía una mata de acónito. Ella la había plantado por el atractivo color azul de sus flores, pero no sabía nada del mortífero veneno que estas escondían. Fue un azar el que la llevó a descubrirlo cuando un vecino le advirtió del peligro de ingerir la más mínima partícula de la planta que estaba podando. A punto estuvo de arrancarla, pero tras indagar en la biblioteca sobre las propiedades del acónito, supo que debía utilizarlo con su marido.

Y lo hizo de un modo absolutamente refinado. Barbara, mujer astuta, mezcló el veneno (que obtuvo moliendo varias raíces y flores de la mata de acónito) con el pegamento en polvo para la dentadura postiza. Con ello consiguió que muriera de un prosaico ataque al corazón, nada sospechoso en alguien de su edad y con mala salud.

Doña Elvira no tardó demasiado en aceptar que esa era también la mejor solución para su triste vida.

Siguió los pasos de Barbara. En la biblioteca encontró varios libros sobre jardinería que contenían detallada información sobre el acónito y el veneno que alberga, la aconitina, uno de los alcaloides más activos y tóxicos: bastan tan solo 3 mg (equivalente a de 2 a 4 g de tubérculo fresco) para que la dosis sea letal. Todo empieza con náuseas, malestar, vértigo, calambres y arritmia. Después viene la parálisis de las extremidades, seguida de una inmovilidad completa (a veces alterada por ligeras convulsiones), pulso imperceptible y respiración entrecortada. La muerte se produce por síncope y asfixia.

Al principio, le incomodó imaginar esos síntomas en el cuerpo de Alfredo. Pero las páginas que Olivier de Rawton dedica al acónito en su *Vegetales que curan y*

vegetales que matan la animaron mucho y terminaron de convencerla: «El acónito mata el cuerpo por partes. La inteligencia conserva hasta el último momento su lucidez y calcula por minutos los estragos del veneno. El frío de la muerte principia por penetrar en las extremidades —manos y pies—, invadiendo, poco a poco, el organismo, mientras la víctima observa con horror esta espantosa invasión. La vida se va concentrando, poco a poco, al corazón, el cual, no teniendo ya fuerza, pone en movimiento la sangre por última vez. Se acaba la respiración y el moribundo comprende que su espíritu tiene por morada un cadáver. Por último, el pensamiento agota sus esfuerzos con una protesta suprema, en un esfuerzo desesperado por recobrar la salud».

Doña Elvira, mujer astuta y precavida, preparó todo con paciencia.

Adquirir la planta fue más fácil de lo que pensaba. En la primera tienda de horticultura en la que entró vendían varias matas. Le encantó el profundo azul de sus flores.

La trasplantó a una de las macetas del balcón. De paso, arregló las otras, no porque pensara que Alfredo fuera a sospechar nada (jamás podría imaginar lo que estaba tramando) sino porque —raro en ella— las tenía bastante descuidadas.

Tras una mañana de delicioso trabajo bajo un suave sol primaveral, el balcón lucía esplendoroso: el azul del acónito combinaba perfectamente con el rosa de los geranios, el rojo de las petunias y el blanco de las hortensias.

El siguiente paso fue más difícil, pues Alfredo usaba almohadillas adhesivas para fijar la dentadura en sus encías. Doña Elvira fue preparando el terreno sin prisa. Sabía que si le proponía por las buenas que se pasase al pegamento en polvo, Alfredo se iba a negar. Su marido rechazaba el más mínimo cambio en su tediosa monotonía. Y doña Elvira ya hacía mucho que se había cansado de discutir.

Evitó el ataque directo. De cada uno de sus viajes a la farmacia traía consigo folletos sobre pegamento en polvo y los dejaba accidentalmente sobre la mesita frente al sofá en el que anidaba su marido. El día en que le vio ojeando uno de ellos, doña Elvira aprovechó y le dijo que el farmacéutico le aconsejaba que sustituyera las almohadillas por el pegamento. Dice que sentirás la dentadura mucho más cómoda, que podrás comer mejor. Seguro que ya no se te caerá.

Para su sorpresa, no tuvo que insistir demasiado. Las molestias eran tantas, que Alfredo debió aceptar el cambio como un mal menor. El día en que lo vio preparar aquel mejunje para instalar la dentadura en su boca, supo que ya no había vuelta atrás.

La verdad es que tuvo mucha suerte. Todo funcionó a la primera. Doña Elvira temía que su marido notase el sabor de la planta, o que el veneno no tuviera el efecto deseado. No fue así.

Alfredo tardó treinta minutos en morir. Aunque estuvo tentada de hacerlo, doña Elvira, a diferencia de Barbara, no quiso contemplar la agonía de su marido. Prefirió ahorrarse los vómitos y las convulsiones, la inevitable cara de bobo con la que viviría

sus últimos instantes, paralizado pero consciente, sin entender qué le estaba ocurriendo.

Doña Elvira se instaló en la salita. Tras rescatar de su encierro el disco de Jorge Sepúlveda, se arrellanó en el sofá de su marido y se dedicó a escuchar *Cerezo rosa* una y otra vez, libre por fin de interrupciones y quejas.

Empezaba a sonar la décima, cuando doña Elvira se asomó al dormitorio. Desde los pies de la cama, contempló sin emoción alguna el cuerpo de su marido. Todavía respiraba. No tuvo que acercarse para comprobarlo: sobre el charco de vómito que le cubría el pecho, se mecía levemente su dentadura. Por su mirada, también dedujo que seguía consciente, seguramente preguntándose por qué su mujer se quedaba ahí observándolo sin hacer nada.

Cuando su pecho dejó de moverse, doña Elvira sintió una euforia silenciosa. Pero no había tiempo que perder. Tenía por delante mucho trabajo y poco tiempo para hacerlo.

Después de limpiar el vómito, desnudó el cadáver y lo bajó de la cama. Le puso un pijama nuevo, cambió las sábanas y —sorprendida de su fuerza— volvió a colocarlo en el lugar donde antes reposaba. Entonces, echó un poquito de ambientador y llamó al médico de Alfredo.

Mientras esperaba a que llegase don Julián, se puso a limpiar la dentadura. Como hizo Barbara, debía borrar todas las huellas, hacer pasar lo ocurrido por una muerte natural. Aunque sabía que tanta cautela era innecesaria. Esto no es una novela. Su médico conocía bien los achaques de Alfredo y firmaría el acta de defunción sin pedir una comprometedora autopsia.

Esa fue la primera vez que tocó la dentadura postiza. No le sorprendió comprobar lo mal que la había cuidado su marido: retirado el vómito, aparecieron manchas amarillas, ralladuras y lo que parecían trocitos de comida, que tuvo que rascar con fuerza para poder despegarlos.

Lo hizo sin ninguna aprensión. Todo lo contrario. Se sentía como un cazador limpiando la pieza que había abatido, preparando su trofeo antes de exhibirlo.

Solo quedaba darle un baño con la pastillita efervescente que el farmacéutico le había recomendado. Cuando veía que Alfredo usaba el vaso de Benidorm para hacerlo, siempre sentía que lo hacía para humillarla. Ahora le pareció el recipiente más idóneo.

Puntual, Alfredo vuelve a cantar. Esta vez, doña Elvira se le une en un impensable dueto.

Fue como bella ilusión
que floreció con ardor,
fue hechizo, fue gran pasión
que nos unió.

Y si la vida me alejó de ti
el fiel recuerdo perduró,
aquel cerezo rosa aprisionó
mi corazón.

CASA CON MUÑECAS

Para Patricia Esteban Erlés

Mariquita Pérez, Polilla, Nikito, Maricris, Loretín...

Mientras escucha la interminable retahíla de ridículos nombres, Pablo trata inútilmente de reprimir la angustia que siempre le han provocado las muñecas antiguas.

Ajena a su sufrimiento, Marta no se contenta con ir señalándolas mientras recita sus nombres, sino que toma de las estanterías algunos ejemplares selectos y se los va pasando para que pueda apreciarlos mejor.

Pablo casi no se atreve a tocarlos. Su piel brillante, sus mofletes sonrosados, el tacto casi natural de sus cabellos, sus bocas pintadas. Los ojos son lo que menos puede soportar de las muñecas. Ojos muertos de mirada fija, pero, al mismo tiempo, con algo detestablemente humano.

Muchas llevan conmigo desde niña. Son mis confidentes, mis amigas. Ojalá pudiera llevármelas cuando salgo de casa, pero son ya tantas mis pequeñinas.

Pablo da un respingo. Dos horas antes, Marta le había parecido una mujer ingeniosa y divertida, no la chiflada que tiene ante sí. La cara que pone al hablar de sus *pequeñinas*, la forma en que las acaricia (a una incluso la ha besado) antes de dárselas, resulta inquietante. Aunque quizás está exagerando: la aprensión es mala consejera. Se siente injusto por pensar así. Coleccionar esas siniestras muñecas no es menos raro que atesorar figuritas de Marvel, como hace uno de sus amigos, cuarentón como él. Pero el Capitán América, Spiderman o Hulk no dan miedo.

Y las *pequeñinas* de Marta son muchas. Demasiadas.

Mientras sostiene cada uno de los ejemplares el tiempo justo antes de devolvérselos con una forzada mueca que intenta parecer una sonrisa de aprobación, Pablo solo piensa en arrojarlos al suelo y pisotearlos sin piedad, aplastar sus cándidas caritas, sus ojos inertes.

Gisela, Bimbo, Lili, Maricela, Estrellita...

En el pub, Marta se le ha adelantado al proponerle que la acompañe a su casa. Está muy cerca, allí podemos tomar una última copa con más tranquilidad.

Entre trago y trago, han empezado a besarse en el sofá del salón. Entonces, Marta se ha levantado y lo ha cogido de la mano. Ven, tengo una sorpresa para ti. Con una sonrisa, Pablo la ha seguido sin rechistar.

No mentía: la sorpresa ha sido total.

En la habitación debe haber más de un centenar de muñecas, metódicamente dispuestas en dos filas de estanterías que recorren sus cuatro paredes. Unas llevan anticuados vestiditos de calle; otras, ropa escolar, immaculados camiones, relamidos

trajes de baño; también hay algunos bebés. Grotescas miniaturas humanas sentaditas en sus baldas. Todas mirando hacia la cama.

Yo no puedo follar aquí.

Un pensamiento que se contradice con la excitación que siente al contemplar el imponente cuerpo de Marta. Mientras se quita la ropa, esta sigue con su inagotable salmodia —Pirri, Chelito, Cayetana, Mirinda...—, que termina con un Todo lo comparto con ellas que Pablo no escucha, perdido en sus apetitosas curvas.

Antes de tumbarse, Marta retira con delicadeza dos muñecas que hay sobre la cama. Mis preferidas. Siempre las tengo cerca, dice antes de colocarlas junto a la lámpara de la mesita de noche.

Pablo se desnuda incómodo ante las repletas graderías. Está tentado de decirle — fingiendo bromear— que podrían hacerlo a oscuras, o volver al cómodo sofá del salón. Donde sea, pero lejos de la horda de muñecas.

Se calla. La solución más fácil es no mirarlas.

Recorre a ciegas el soberbio cuerpo de Marta. Aunque no puede evitar —cuando cambian de posición y de caricias— que se le escape algún vistazo fugaz hacia las estanterías. Las muñecas siguen ahí (pensamiento infantil), sentaditas en sus gradas. Una legión de diminutos jueces vigilando, inmóviles y en silencio, lo que ocurre sobre la cama.

El miedo puede más que la curiosidad, y cierra los ojos.

No vuelve a abrirlos hasta que han terminado.

Hacerlo con los ojos cerrados ha añadido una interesante y desconocida sensación, extrañamente placentera. Como si anular la vista hubiera potenciado el resto de sus sentidos.

Marta no tarda en quedarse dormida. Pablo aprovecha la ocasión para apagar la lámpara, evitando rozar los cuerpos de las dos preferidas. Protegido por la penumbra que crea la pálida luz que proyectan las farolas de la calle, recorre con la mirada los estantes. Las muñecas parecen cuervos posados ordenadamente en sus ramas (piensa en Tippi Hedren).

Esperan y observan.

Debe ser un efecto de la escasa luz, pero sus miradas ya no le parecen indiferentes. Molesto, cubre su cuerpo desnudo con la sábana.

Cierra los ojos de nuevo y trata de apartar de su mente esa idea ridícula. Dormir será lo mejor. Aunque también podría largarse de allí, volver a su casa sin muñecas. Pero eso le parece poco educado.

Un rato después —debe de haberse quedado dormido sin darse cuenta— se despierta al notar unas suaves caricias en su pene. Como Marta no dice nada, él decide continuar con el juego y no abre los ojos. Prefiere concentrarse en la placentera sensación que no tarda en provocar que se anime de nuevo.

Mantener los ojos cerrados también le evita volver a ver el horrible enjambre de muñecas acomodadas en la doble tribuna.

Las mínimas caricias vienen acompañadas de rápidos y delicados roces con la punta de la lengua, que ahora le parece áspera como la de un gato. Su excitación aumenta.

La experta boca de Marta le da pequeños mordisquitos que él nota —imposibles— en varias zonas de su pene a la vez. El inmenso placer está alterando sus sentidos.

Nunca le habían hecho algo así.

En el momento del orgasmo, Pablo abre los ojos.

A su lado, Marta duerme con una plácida sonrisa. Levanta la vista: en las hileras de muñecas descubre varios lugares ominosamente vacíos. Las preferidas de Marta ya no están sobre la mesita de noche.

Pablo cierra de nuevo los ojos y salta de la cama. No recuerda haberlos abierto para recoger su ropa, vestirse y lanzarse corriendo a la calle.

No ha vuelto a ver a Marta, ni siquiera la ha telefoneado. Pero, conforme pasan los días, siente la irreprimible necesidad de quedar con ella. Podría fingir que todavía le gusta y llamarla. Proponerle una cita en su casa. Regresar a la habitación de las muñecas.

Una vez más.

Solo una vez más.

INVASIÓN

Para Núria Pujol

Agua caliente. Estropajo (de dos tipos: aluminio y fibra verde). Mr. Proper (ahora se llama Don Limpio). Amoníaco. Guantes de goma. Nuria lo tiene todo preparado. Hoy se ha propuesto atacar la mancha que hace unos días apareció en la alfombra por culpa del manazas que derramó su bebida sobre ella.

Había tardado en decidirse a comprarla, por el precio y por sus dudas ante aquel capricho innecesario (en palabras de su madre). El apartamento enseguida se lo agradeció. Desde que la instaló en el salón (término exagerado para calificar sus escasos ocho metros cuadrados) que hace las veces de comedor, despacho y salita para ver la tele, el piso no solo le parecía más amplio sino, sobre todo, mucho más acogedor. Ahora sí le apetecía pasarse horas entre sus estrechas paredes. Sentada en el pequeño saloncito, dejando que la alfombra acariciase sus pies descalzos, Nuria se sentía, por fin, feliz en su nuevo hogar.

Su madre le ha dicho que si quiere limpiarla bien evite mojar mucho la alfombra, que pulverice sobre la mancha una mezcla —a partes iguales— de amoníaco y detergente. Entonces pasas una esponja, pero sin frotar (paradoja que no se atrevió a rebatir). Y sin prisa, que te conozco. Déjala que se seque por sí sola. Ni se te ocurra ponerla al sol.

Descubrió la mancha el lunes pasado. Ese día, al sentarse a desayunar, vio que en la esquina izquierda de la alfombra, la más cercana a la mesita, había un lamparón de color grisáceo de un palmo de diámetro. Nuria pensó enseguida en la noche del sábado: varios amigos habían pasado a verla y estuvieron bebiendo hasta las tantas. Todos habían alabado la alfombra, la misma —no se le ha pasado todavía el enfado— que alguno de ellos acabó saboteando después. No duda (no quiere hacerlo) de que fue un accidente, pero le irrita —aún más— que nadie confesara lo ocurrido. La mancha es demasiado grande para que el autor —o la autora— no se percatase del vertido. Lo raro es que cuando pasó el aspirador a la mañana siguiente, la mancha no estaba ahí. Se hubiera fijado.

La verdad, piensa Nuria, es que podían haber roto la horrible muñeca vestida de sevillana que le regaló su madre y que siempre tiene a la vista para evitar sus protestas. (No se te puede regalar nada, hija mía, contigo no hay manera de acertar). Pero no, tuvieron que joder la alfombra.

Ese mismo lunes tenía que salir de viaje y no pudo limpiarla. Al regresar ayer, Nuria comprobó que la mancha no solo seguía en su sitio (ingenuamente confiaba en que hubiera desaparecido por sí sola), sino que parecía haber aumentado de tamaño y

que su tono gris se había oscurecido. Aunque quizá su memoria, después de cinco días sin verla, le engaña.

No le ha dicho a su madre que la mancha lleva ahí casi una semana. No quería escuchar sus reproches, ni su irrevocable oferta: ¿Cómo se te ocurre dejar eso ahí si vas a estar fuera tantos días? Es que eres un desastre, hija. A mí no me cuesta nada acercarme y limpiártela.

De rodillas en el suelo, Nuria prepara la mezcla tal y como le ha indicado su madre. La habitación inmediatamente se inunda del corrosivo olor del amoníaco. El aroma a limón de Don Limpio sirve de poco contra ese tufo. Se pone los guantes y cuando está a punto de atacar la mancha, llaman al timbre.

El cartero.

Un par de minutos después vuelve a estar ante la mancha. Se pone de nuevo los guantes, coge el estropajo y, ahora sí, empieza a mojar la alfombra despacio, delicadamente. Trata de no frotar, pero algún restregón se le escapa. El amoníaco apesta. En esos pocos centímetros por los que pasa el estropajo, la alfombra parece ir perdiendo el feo tono gris oscuro que antes la empañaba. Cuando se seque, podrá comprobar si la pobre ha recuperado su elegante color original.

El sábado tenía que haberla retirado. Demasiada gente, demasiadas copas. Pero Nuria estaba tan feliz con su alfombra nueva que quería que todos la vieran (y aprobaran su buen gusto).

Una felicidad que no había durado más que siete días. Una gozosa semana de convivencia truncada por la torpeza de uno de sus amigos. Pero es una tontería arrepentirse de lo ya ocurrido. Ahora le toca arreglar el desastre. Eliminar la mancha. Recuperar la placidez perdida.

El timbre de la puerta suena de nuevo. Así no hay manera. Deja el estropajo en el barreño, se quita los guantes y va a abrir.

Tarda un buen rato en volver. Dos tipos mal trajeados han intentado convencerla inútilmente de que se pase a Jazztel. Como es habitual en Nuria, les ha dado un ratito de conversación (Pobres, hacen un trabajo tan horrible y mal pagado). Tras despedirse, educada, reemprende su combate con la mancha.

Antes debe cambiar el agua. Con tanta interrupción se ha enfriado. A este ritmo, no va a acabar nunca.

De rodillas de nuevo, se da cuenta de que el tamaño de la mancha se ha reducido. En el rato que ha gastado en atender a esos pesados y calentar el agua, el trozo en el que estaba trabajando debe de haberse secado, ya que la alfombra casi ha recuperado en esa parte su color original. El remedio de su madre parece estar funcionando.

Animada por esa primera victoria, Nuria continúa su tarea. Mueve el estropajo en círculos concéntricos muy pequeños, lentamente (se le acaba de ocurrir como estrategia para no frotar). Despacio, Nuria, que te la cargas.

Le han bastado treinta minutos de ininterrumpido fregoteo para pasar del entusiasmo al desengaño, pues ya no percibe ningún cambio en la alfombra.

Suena el teléfono. Mientras busca el móvil, intuye que es su madre. Debe haber olfateado su fracaso.

Hola, hija, ¿has podido quitar la mancha?

Todavía no, mamá.

(La confesión, como siempre, ha sido inmediata. Mientras habla con su madre, Nuria sigue pasando el estropajo).

¿Has usado la mezcla de Mr. Proper y amoníaco que te dije?

Sí, mamá.

¿No habrás frotado la alfombra, verdad?

No, mamá.

¿Seguro? Que eres muy desastre, hija.

(Nuria restriega cada vez con más fuerza).

Seguro, mamá. He seguido tooodas tus sabias indicaciones.

No hace falta que te pongas borde. No sé para qué te digo nada.

No me pongo borde. Pero ahora no tengo tiempo de hablar, la mancha me espera.

En el fondo, hija, es que no quieres que te ayude.

Adiós, mamá.

Ya me buscarás.

Nuria cuelga irritada y, desoyendo los consejos de su madre, echa un chorreón de amoníaco directamente sobre la mancha. Cambia el estropajo de fibra verde por el de aluminio y se pone a frotar con rabia. Hoy acabo con ella, como sea.

En pocos minutos, una densa espuma cubre esa parte de la alfombra. A Nuria le escuecen los ojos y la garganta. Empieza a dolerle la cabeza. Lo mejor será descansar. Y también dejar reposar la alfombra (antes funcionó). Coge una cerveza de la nevera y sale al balcón a fumar un cigarrillo.

Acodada en la baranda, vuelve a lamentarse por aquel acceso de vanidad, por haber permitido que sus amigos pisotearan su alfombra nueva. Pensar en la reacción de su madre si no consigue borrar el maldito lamparón la exaspera todavía más.

Tras la breve pausa, el examen de la mancha le revela algo sorprendente. Aunque su tamaño parece haberse reducido un poco, da la impresión de que ahora es más compacta (no se le ocurre una palabra mejor para describirla). Como si la misma cantidad de mancha se hubiera concentrado en un espacio más reducido. No solo su tono ha pasado del feo gris a un marrón sucio que deslucе aún más su pobre alfombra, sino que, lo que todavía es más raro, parece haber aumentado de grosor.

Se agacha y acerca todo lo que puede sus ojos a la alfombra. El olor a amoníaco sigue siendo muy fuerte. Aguanta la respiración. Entonces se da cuenta de que no es una simple mancha de bebida, pues le parece percibir una ligera agitación, como si

algo muy pequeño se moviera entre sus fibras. En lo primero que piensa es en una repugnante colonia de ácaros. Va a su escritorio en busca de una lupa.

Los pocos aumentos de esta le dejan ver que se trata de una legión de minúsculos seres aparentemente antropomorfos, de gran cabeza y color marrón. La lupa no le permite ver sus rasgos, pero sí cómo se mueven amenazadores por las fibras de su alfombra.

Se la están comiendo, piensa alarmada. Lo que me faltaba. Mientras empieza a dar fuertes manotazos sobre la alfombra, se arrepiente de haber pensado mal de sus amigos. La culpa no es de una bebida derramada, sino de un montón de asquerosos bichejos. ¿Cómo habrán llegado hasta ahí?

Tras apalear un buen rato la falsa mancha, vuelve a mirar a través de la lupa. No percibe movimiento alguno. Deben de estar muertos. Acerca un dedo para tocarlos, aplastando a unos cuantos. Entonces, todos se incorporan, levantando sus minúsculas cabezas. Un instante después, empiezan a moverse perfectamente agrupados en una misma dirección. Nuria los sigue con la lupa. Cuando aparta la mirada de la lente, se da cuenta de que la mancha está cambiando de forma. Sobre la alfombra se dibuja en letras marrones un inequívoco no que Nuria lee espantada.

Inmediatamente, la mancha cambia de nuevo y aparece otro mensaje imposible: por favor.

La nube tóxica que cubre la alfombra —y que su olfato, empachado, hace rato que no debe percibir— le está haciendo desvariar. Nuria no podía imaginar que el cóctel de amoníaco y Don Limpio pudiera ser alucinógeno.

Se tapa la nariz y la boca con un trapo y vuelve a arrodillarse sobre la mancha. Los parásitos permanecen inmóviles. Deben de estar esperando —se ríe al pensarlo— mi respuesta. Vuelvo a delirar. Pero escriban o no mensajes, son ellos los que han estropeado la alfombra. No puedo ser clemente. Si le contara esto a mi madre, me haría encerrar.

En el mismo momento en que piensa en ella, suena el teléfono. Esta vez no lo coge. Aunque sabe que eso no la detendrá. Enseguida volverá a llamar. Y cuando se harte de marcar su número, optará por el ataque directo. Pronto sonará el timbre de la puerta y allí estará ella, con su bolsa del súper llena de fantásticos productos con los que obrar el prodigio y dar una lección a su díscola hija.

Pero Nuria aún no se ha rendido. Va a la cocina a buscar más amoníaco. Y un cepillo de raíces.

En su ausencia, los bichejos han dibujado un nuevo mensaje sobre la alfombra, amiga, que Nuria, al volver, observa sin inmutarse.

Después de vaciar la botella de amoníaco sobre los invasores, se sienta ante la mancha con cara de triunfo.

El pedazo de alfombra burbujea. Casi le parece escuchar sus gritos mientras se achicharran.

Un nauseabundo olor se extiende por toda la casa.

Llaman a la puerta.

DESTINO (UN DESENLACE)

El cartelito «Ascensor averiado» me obliga a bajar por la escalera los quince pisos que me separan de la cafetería de la planta baja.

En realidad son catorce, me digo para animarme, pues en este hotel no existe el piso 13. Descubrí su ausencia al fijarme en que el botoncito correspondiente a ese número faltaba en el panel del ascensor.

Cuando llego a la que debería ser la planta 12, me encuentro con un inesperado rótulo que anuncia «Piso 13». Sin poderlo evitar, abro la puerta y entro en el pasillo. Ante mis ojos se muestra un espacio desierto, completamente normal, un calco del piso en el que se encuentra mi habitación: el mismo extintor rojo colgado en la pared, los cuadros horteras, la triste alfombra marrón.

La primera puerta que aparece ante mis ojos, la que debería corresponder a la habitación 1301, luce un incoherente 201. El mismo que aparece en la de al lado. Y también en la siguiente.

Avanzo unos metros más y compruebo alarmado que sobre cada una de las puertas aparece esa absurda cifra.

De pronto, todas se abren a la vez.

HAMBRE

Tengo hambre. Cinco días sin comer son ya demasiados. Cinco días atrapado esperando que alguien venga a rescatarme. Me siento débil. Y el calor no ayuda.

Aunque he tenido suerte: si llego a ir al baño un minuto más tarde, no lo cuento. Al menos tengo agua y luz (por lo que se ve, el derrumbe no ha afectado a las tuberías ni a la instalación eléctrica). Y puedo usar el váter, algo también importante.

Claro que no todo es perfecto: el cuarto de baño no mide más de 2 × 2 metros, la puerta está bloqueada, no hay ventilación y el calor es sofocante incluso por la noche.

Resulta irónico comprobar que «morir de éxito» puede ser algo más que una frase hecha.

Nadie daba un euro por *El código de la catedral del viento* cuando decidí publicarla. Ni siquiera mis propios empleados, que no dejaron de insistir en que estaba cometiendo un error, que era mejor apostar por otro tipo de historias: novelas de crímenes en ambientes gélidos, relatos vampíricos en la eso... El autor, un novato, tampoco era un elemento que jugase a nuestro favor.

Se equivocaron.

Aunque ni yo mismo esperaba un éxito semejante. En pocas semanas la primera edición se había convertido en una segunda, después en una tercera. Antes de irnos de vacaciones, hemos dejado impresa la quinta. Cinco mil ejemplares listos para ser distribuidos en septiembre. Y esta vez en tapa dura. Todo un récord para nuestra pequeña editorial.

Paco, el encargado del almacén, me lo había advertido en varias ocasiones. Demasiado peso. Demasiados libros amontonados en aquel espacio tan pequeño. Pero no le hice caso. Para tranquilizarlo le dije que a la vuelta del verano tenía pensado alquilar un almacén mayor. Estaba seguro de colocar esa quinta edición, y algunas más. Me relamía solo de pensarlo.

Gritar es inútil, rodeado de libros que insonorizan el baño. Tampoco tengo forma de comunicarme con el exterior. El móvil está (aplastado, imagino) en mi chaqueta, que dejé, como siempre, colgada del respaldo de la silla de mi despacho. Nadie puede oírme. Además, las empresas que ocupan las naves vecinas están de vacaciones.

Mis empleados tienen tres semanas libres por delante en las que —estoy seguro— no darán señales de vida. Ni tampoco mi familia: mi exmujer se ha llevado de veraneo a mi hijo (este año le tocaba a ella) y quedamos en que yo no vería a Luisito hasta el día 1 de septiembre. Y mi hijo sé que no me llamará, salvo que ocurra algo grave. A sus quince años bastante ocupado estará entre la playa y la discoteca como para pensar en su pobre padre.

Nadie se extrañará de mi ausencia ni de mi silencio.

He intentado abrir un hueco en el muro de libros que ha sustituido a la pared que hacía de frontera con mi (ahora) derruida oficina. Pero por más ejemplares que aparto, siempre aparecen otros nuevos. Enseguida he dejado de excavar: no es buena idea seguir metiendo libros en mi reducido habitáculo. Me siento como un minero atrapado en una galería subterránea. Luz artificial, calor sofocante, espacio limitado.

Quizá alguien que pase cerca del almacén vea lo que ha ocurrido y avise a los servicios de emergencia. Aunque la gente no suele venir a pasear por este polígono perdido en el campo. Y, ahora se me ocurre, puede que el derrumbe solo haya afectado al interior del edificio, que por fuera todo siga igual.

Tengo mucha hambre. ¿Cómo voy a aguantar tantos días sin comer? Pensar en ello me trae la imagen de la máquina de chocolatinas que hay al otro lado de la puerta, en el pequeño recibidor de la oficina. Suculentos Kit Kat, deliciosos M&M's, empalagosas barritas de Twix, crujientes y onduladas Matutano, aromáticas bolitas de Cheetos, Bocabits de sabor indescifrable... Manjares que también estarán aplastados bajo cientos de ejemplares de *El código de la catedral del viento*.

Cada vez estoy más débil. El calor resulta agobiante. Hace días me quité la ropa y ya no he vuelto a vestirme. ¿Qué más da? Paso las horas tumbado sobre la cama que me he fabricado con un montón de ejemplares de la maldita novela. Mejor que acostarse en el suelo. Aunque la edición en tapa dura le resta algo de comodidad a mi improvisado lecho. Si fueran ejemplares de bolsillo.

Me siento el Conde de Montecristo. Cuento los días de mi encierro marcando rayitas en la pared. El reloj es de poca ayuda. Si al menos fuera digital, con sus a. m. y p. m. Los cambios en la temperatura son el mejor registro del paso del tiempo: cuando el calor se atenúa, sé que es de noche. Pero aquí nunca refresca de verdad.

Por suerte, la claustrofobia sigue sin aparecer, pero me aburro mortalmente. Después de un segundo y —de nuevo— fracasado intento de excavar un túnel (mi desesperación se ha impuesto durante unos minutos), no tengo nada que hacer. Aunque duermo mucho —el efecto conjunto del calor y la debilidad—, las horas que permanezco despierto son demasiado largas.

Resulta irónico estar rodeado de libros y que todos sean el mismo, que, evidentemente, ya he leído. Pero abro *El código de la catedral del viento* y vuelvo a leer. Sus setecientas cincuenta y seis páginas me entretendrán una buena cantidad de horas.

Sé que el cuerpo humano puede aguantar muchos días sin comer. Alrededor de un mes. Y antes de que ese periodo pase, alguien aparecerá por aquí. Y me salvará.

Suerte que el grifo sigue funcionando, porque más de tres días sin beber significa una muerte segura.

Aunque no puedo dejar de imaginar mi agonía ni la ridícula escena cuando lleguen los servicios de rescate y encuentren mi escuálido cadáver yaciendo desnudo sobre un montón de ejemplares de *El código de la catedral del viento*.

Algún romántico gilipollas pensará que ese es el deseo secreto de todo editor: morir rodeado de tus libros. Una mierda. Yo quiero salir de aquí, como sea. Aunque tenga que comerme toda la puta quinta edición.

La novela es una auténtica porquería. Un pestiño indigerible.

Nueva idea terrorífica: espero que la bombilla no se funda. Podría apagarla un rato cada día para que su filamento se refresque, pero me da miedo hacerlo y que después no vuelva a encenderse.

Hoy mi estómago ha dejado de rugir, pero sigo sintiendo un hambre atroz. Sin darme cuenta, cojo uno de los ejemplares que me sirve de almohada, arranco una hoja, la rompo en pedazos y me los meto en la boca. Mastico despacio. No tiene mal sabor. Me como dos más.

Enseguida experimento una agradable sensación de saciedad. La conjunción de papel, tinta y agua debe de tener un efecto parecido al de la fibra. Aunque no tardo en comprobar que la digestión es muy pesada. Y soporífera. Me siento como un koala después de darse un atracón de hojas de eucalipto.

Despierto y me como un par de hojas más. Nueva duda: ¿cuánto papel impreso puede ingerir un humano antes de morir envenenado? A diferencia de algunas editoriales, nosotros utilizamos papel libre de cloro. Seguro que no me hará daño. Y algo de celulosa todavía contendrá. Ricas vitaminas vegetales y fibra.

Este pensamiento me anima. Según las rayitas de la pared, faltan solo diez días para el uno de septiembre. Tengo libros suficientes. Y agua de sobra para tragarlos.

CUERPOS

AGUA OSCURA

No se puede esperar nada bueno de un lago.

Mercedes Abad, Sangre

Todo es mucho más difícil cuando es real.

Es entonces cuando te ahogas.

Cuando es real.

Stephen King, It

No me gustan los lagos.

No me gusta Suiza.

Pero aquí estoy, sentado frente al lago Lemán, observando sus sombrías aguas, esperando lo que sé que no va a ocurrir.

No había podido rechazar la invitación para participar en los festejos del segundo centenario de la célebre reunión de Villa Diodati. Pasar tres días leyendo cuentos de miedo, hablando de Mary Shelley, de Frankenstein, de Polidori y su vampiro, acabó imponiéndose a la pereza de volver a sumergirme en el tedio y la monotonía helvéticas.

Un ritmo apático al que esta vez se unió un frío inverosímil: había salido de Barcelona en plena canícula y en Ginebra me esperaba el crudo invierno. No soy muy dado al pensamiento mágico, pero no me pareció casual que justo en el mismo instante en el que el avión entraba en territorio suizo surgiese bajo nosotros un espesísimo manto de nubes, que tres días después sigue ocultando el sol y bañándolo todo de un espectral tono gris. El clima perfecto para revivir aquel año sin verano de 1816.

Si cruzar las puertas de Suiza me había devuelto al frío invierno, entrar en los jardines de la venerable Villa Diodati me transportó a otra dimensión aún más angustiosa. Confieso que no esperaba encontrar el parque temático gótico en el que los organizadores habían convertido el lugar. Resultaba entre cómico y penoso ver a tanto profesor y alumno ataviados con ropajes que (mal)imitaban la moda de principios del siglo XIX. El folleto que me entregaron en la entrada acrecentó mi desazón: en él se incitaba a los asistentes a transformarse, por tres días, en «melancólicos artistas románticos» (propuesta que no pude seguir), a la vez que se nos advertía de que para recrear aquellos «inquietantes días de junio», la casa se iluminaría solo con velas y quedaba prohibido el uso de ordenadores y teléfonos móviles (salvo en los dormitorios). El folleto también nos informaba de que habían contratado a una compañía de actores ingleses para encarnar a los protagonistas de la

mítica reunión, con los cuales no debíamos comunicarnos ni interactuar de ningún modo. Como no tardé en comprobar, los actores se movían por la casa como si no estuviéramos allí, absolutamente inmersos en sus papeles. Un efecto de realidad (o de irrealidad) incrementado por el ajeño inglés en el que se expresaban. Si uno se aislaba del resto de visitantes, tenía la sensación de haber sido proyectado hacia atrás en el tiempo.

Esa primera tarde me tocaba leer dos de mis cuentos. Tras mi intervención, salí al jardín.

Ante mis ojos se extendía, inevitable, la oscura masa del lago Lemán. No era el mejor día para contemplarlo: el gris sombrío del cielo, el lóbrego perfil de las montañas reflejado en la inmóvil superficie del agua, generaban una inevitable sensación de vacío. Los graznidos de los cuervos añadían un tono aún más fúnebre a la escena.

Habría quien encuentre bellos los lagos, quien acoja con agrado su silencio y su quietud. A mí solo me provocan desasosiego. Ante su agua inmóvil y callada, siempre pienso que algo terrible se esconde en el fondo, algo que me atraparé si me acerco demasiado. La idea de sumergirme en sus aguas inertes me sobrecoge de espanto.

No se puede esperar nada bueno de un lago.

Preferí centrar mi atención en la casa. Gracias a Google ya sabía que Villa Diodati no tenía el siniestro aspecto que yo le había dado en mi imaginación. Sus tres pisos, las buhardillas bajo los aleros, el discreto color ocre de sus paredes, no tenían nada especial. Ni siquiera el jardín, semejante al de muchas mansiones vecinas, tan meticulosamente dispuesto que parecía que los árboles hubieran pedido permiso para crecer allí. Aunque no vi ningún letrero prohibiendo pisar el césped, no se me ocurrió hacerlo: se veía tan pulcro que ahuyentaba las ganas de caminar sobre él.

Por eso me sorprendió ver a aquel tipo pisando la ordenada hierba. Al ver su feo rostro surcado de cicatrices, su piel cadavérica, sus ropajes raídos, supe enseguida quién era: la criatura creada por Victor Frankenstein. Debía de ser, sin duda, otro de los actores de la compañía inglesa, el cual todavía no se había asomado por la casa (quizás esperando el momento más oportuno para asustarnos). Agradecí que no imitara a Boris Karloff. Inmóvil sobre el césped, miraba hacia el piso más alto de la casa.

Aunque la escena me intrigaba, la fría y húmeda brisa que trajo el anochecer me empujó a entrar de nuevo. Además, no quería perderme la lectura que los actores iban a realizar de *Fantasmagoriana*, el mismo volumen que en aquellos lejanos días de 1816 leyeron Mary Shelley y sus amigos y que después inspiraría sus fantásticas historias.

Tras la lectura, los organizadores nos convocaron para la siguiente jornada, advirtiéndonos de que, a partir de ese momento, finalizaba el servicio de bar. No eran ni las diez de la noche. Los que pernoctaban en la casa se fueron disciplinados a sus

dormitorios. Camino de mi habitación, me crucé con Byron y Polidori; parecían disgustados, como si hubieran discutido de forma acalorada.

Mi segundo día amaneció tan plomizo como el anterior. La ventana me mostraba una inquietante panorámica del lago en la que el cielo y el agua confundían sus límites.

Pese a la voluntad de proyectarnos al siglo XIX, el agua caliente de la ducha funcionaba muy bien. Y el desayuno no rechazó los maravillosos avances de la repostería suiza.

El primer acto de la mañana era una conferencia sobre las reelaboraciones de *Frankenstein* en la televisión contemporánea. Para no parecer maleducado, la escuché entera, aunque me salté el debate posterior.

Dado que todo el mundo estaba atrapado en la sala, decidí ir de expedición por la casa. En el primer piso, el azar me llevó a un pequeño salón en el que se había reunido el grupo de actores (a excepción del que encarnaba al monstruo). Por su actitud, no supe si se estaban tomando un descanso o si seguían actuando. Mary leía en voz alta con Percy tumbado a sus pies. Clara tejía sentada junto a la chimenea. Polidori escribía algo en un cuaderno. Byron miraba por la ventana con gesto soñoliento. Los cinco componían una escena tan cotidiana, tan real, que empecé a sentirme avergonzado de espiarles. Salí cerrando la puerta con suavidad.

El día siguió inalterable su helvético curso. Las sesiones de conferencias y lecturas se sucedían con rigor cronométrico, solo interrumpidas por un rápido almuerzo, en el que, al menos, el vino corrió en abundancia.

Antes de cenar, aprovechando que todavía había luz, si podía llamarse así a aquella irradiación grisácea bajo la cual uno tenía la sensación de que el tiempo se había detenido, salí a pasear. Tenía ganas de respirar aire fresco. Esta vez, para evitar el lago, tomé un sendero borroso que me llevó hasta un bosque cercano.

Caminé sin pensar. El silencio del atardecer solo era roto por el sonido de algún claxon lejano y los siniestros graznidos de los cuervos.

Conforme me internaba en él, el bosque comenzó a espesarse. Los árboles estaban tan juntos que se empujaban con las ramas, como si luchasen por hacerse espacio. Ya no se oía ruido alguno. Todo estaba anormalmente quieto y callado (pensé en las aguas del Lemán). Aún no era de noche, pero me extrañó no ver ninguna luz, cuando la carretera y las mansiones vecinas a Villa Diodati debían de estar muy cerca. Aunque quizá me había desorientado y me había alejado mucho de allí.

A la inquietud por perderme se unió la inexplicable impresión de sentirme vigilado.

De pronto, escuché ruidos muy cerca, pero no sabía si delante o detrás de mí. Ridículamente, pensé en esconderme.

Entonces lo vi.

No puedo negar que experimenté un absurdo miedo sobrenatural al encontrarme de nuevo con la criatura de Frankenstein. Como si olvidara que se trataba de un actor. No sé si se dio cuenta de que yo estaba allí, ni si le importaba. Continué cumpliendo aquella estúpida norma y no traté de hablarle.

El monstruo avanzaba despacio, apartando y rompiendo ramas. No parecía dudar acerca de la dirección de sus pasos. Tratando de hacer el menor ruido posible, lo seguí.

No tardamos en encontrar el muro de piedra y la verja que rodea los jardines de la mansión. Pero el monstruo no se dirigió, como había supuesto, hacia ninguna de sus puertas, sino que volvió a situarse en el mismo lugar en el que lo había visto la tarde anterior.

En la segunda ventana de la izquierda, Mary contemplaba el lago. Su rostro despreocupado se transformó en una mueca de espanto al advertir la presencia del monstruo. Un instante después, agarró con fuerza la cortina y la corrió de un golpe.

La criatura se animó de nuevo y, volviendo sobre sus pasos, tomó el camino del bosque.

No había duda de que eran unos actores estupendos. Me admiró la entrega total a sus personajes, pues en aquel momento yo debía de ser el único espectador.

Durante la cena, les comenté a mis compañeros de mesa lo que me había sucedido. Todos lo tomaron a broma, pensando que les estaba relatando alguno de mis cuentos. No insistí. No solo sonaba poco verosímil, sino que parecía sacado de una mala película de terror.

De regreso a mi habitación, tomé varias notas de lo sucedido. Mis contertulios podían tener razón: quizá ahí había algún cuento.

La mala película de terror me ha perseguido durante toda la noche. En sueños, he vuelto a revivir la escena, he visto a la criatura esperando a Mary, he visto a Mary bajar al jardín, los he visto alejarse a ambos camino del lago...

Lo primero que he hecho al despertar ha sido asomarme a la ventana. Pese a lo que esperaba, la lluvia caída durante la noche no ha modificado el panorama gris ceniciento que componen el cielo y las aguas del lago.

No he podido reprimir un escalofrío al ver de nuevo al monstruo sobre la húmeda hierba del jardín. Inmóvil, su grotesco rostro no mostraba expresión alguna. Parecía esperar. A Mary, supongo.

Como la representación no avanzaba, he optado por darme una ducha y bajar a desayunar. Una buena dosis de delicioso chocolate suizo serviría para ahuyentar los monstruos de mi cerebro.

Pero no ha sido así. Pese al variado programa de charlas y lecturas, no he dejado de pensar en el monstruo y en Mary, en asistir al siguiente acto de su historia.

Hace un rato he vuelto a escaparme. Sin quererlo, me he asomado al lago. Ginebra se reflejaba con un brillo turbio en las quietas aguas. Un viento nervioso arrastraba girones de niebla.

Debía de llevar un par de minutos allí, cuando he visto a Mary y el monstruo acercarse en silencio hasta la orilla. Con gesto apesadumbrado, la criatura ha entrado caminando en el lago. Mientras se alejaba, las sombrías aguas se han separado muy despacio, como si lo acogieran amorosas. Se ha sumergido sin ruido, sin provocar más que una única onda que ha recorrido la superficie del lago y ha llegado hasta mis pies, que he retirado angustiado ante la idea de que el agua me tocara. En ese mismo instante, Mary se ha dado la vuelta y ha regresado a la casa.

Creo que le he gritado algo, pero ni se ha inmutado, y ha seguido alejándose. He estado a punto de echar a correr tras ella, de entrar en la casa pidiendo auxilio. Pero lo único que he hecho es sentarme a esperar.

En la orilla de enfrente, Ginebra ha desaparecido, engullida por la niebla, que da al lago una apariencia fantasmal.

Pronto llegará la noche.

Y yo continúo observando el agua oscura, esperando lo que sé que no va a ocurrir.

AMOR DE MADRE

Para Cristina Fernández Cubas

Mamá nunca me deja bajar a la calle. Por eso me hace muchos regalos. Los que más me gustan son los tebeos y las muñecas. Sobre todo las muñecas.

Hoy me tiene que traer una, porque ayer se me rompió la que tenía. Siempre es una fiesta cuando me trae una nueva. Porque mamá solo me deja tener una muñeca cada vez. Yo trato de que me duren mucho pero soy un poco bruto y se me rompen enseguida. Aunque mamá es tan buena que nunca me riñe por eso. Cuando le cuento que la muñeca ya no funciona, siempre me dice con una gran sonrisa «No te preocupes, cariño, mamá irá a buscarte otra nueva enseguida».

Mamá dice que la calle es muy peligrosa, que es mejor estar en casa, juntitos. Por eso no me gusta cuando me deja solo. Por suerte, mamá sale muy poco. Cuando lo hace es para comprar comida, medicinas, ropa o para regalarme una muñeca nueva, cuando se me rompe la que tengo. Quiero mucho a mamá.

Y también quiero mucho a las muñecas que me regala. Por eso les doy besitos, las acaricio, les peino sus largos cabellos. Todas mis muñecas tienen el pelo largo, aunque unas veces es de color negro, otras rubio, otras castaño. Un día mamá me trajo una que lo tenía rojo y rizado. Me reí mucho al verlo porque era muy raro. Pero la quise igual que a las demás. Cada noche duermo abrazado a mi muñeca. Me encanta su olor, porque todas huelen a mamá: cuando ella las prepara en el salón, les echa su colonia y les pone bonitos vestidos (aunque yo se los quito para dormir, porque no quiero que se arruguen).

Me gusta ponerles nombre. Al principio era mamá la que lo hacía. Les ponía nombres muy divertidos: Mariquita, Nikito, Chelito, Loretín... Mamá me explicó que así se llamaban las muñecas que sus papás le regalaban cada navidad. «Pero es más divertido que tú los inventes», me dijo. «Así serán más tuyas». Los primeros nombres que se me ocurrieron se parecían mucho a los de mamá, pero pronto empecé a cogerle el tranquillo y mamá me felicitó por inventar nombres tan originales: Ofelia, Ludmila, Mariluz... Aunque cuando se rompen las tiramos, guardo una foto de cada una de las muñecas que he tenido. Las pego en un álbum y escribo debajo sus nombres. Disfruto pasando las páginas y recordando todas las muñecas que me ha regalado mamá. Son mis amigas y nunca las olvidaré.

Acaba de llegar mamá. La muñeca nueva es muy bonita. Tiene el pelo largo y negro. Es delgada, como siempre. Mientras mamá la prepara en el salón, yo la espío inquieto por la puerta entreabierta. Hoy mamá parece un poco más cansada que de costumbre. Quizás esta vez ha tenido que ir muy lejos a buscarla.

El ratito que mamá pasa con la muñeca antes de dejarme jugar con ella siempre me parece muy largo. Sé que debo esperar, porque nunca me las da enseguida. Un día que protesté por lo que tardaba, me dijo que debía ser paciente. «Tengo que prepararla, hijo, ya lo sabes». Mamá es muy metódica (mamá usa palabras muy difíciles, pero me las explica para que yo las entienda). Quiere que todo esté perfecto para que yo pueda jugar tranquilo y feliz (eso es lo que dice). Mamá me quiere mucho.

Espero que esta me dure más. Es que como me gustan tanto tanto, sin darme cuenta las abrazo muy fuerte y se rompen. Aunque sé que mamá no tardará en traermé otra, la muñeca rota siempre me da pena.

A esta la llamaré Carmila. Después se lo diré a mamá, a ver qué le parece. Seguro que le gusta. Tengo muchas ganas de acariciar su bonito pelo negro, de jugar con ella y explicarle las historias que a mí me cuenta mamá antes de ir a dormir. Quizá le gustará también que le lea algunos de mis tebeos.

Mamá me llama. Entro en el salón un poco nervioso, como siempre. La muñeca está tumbada en el tresillo. Mamá está sentada a su lado. «Adelante, cariño, tu muñeca está lista», me dice con una enorme sonrisa. «Y cuídala, que ya sabes que se te rompen muy rápido. ¿Quieres que te prepare ya la merienda?».

Le acaricio el pelo. Lo tiene muy suave. Y huele muy bien, como mamá. Antes de cogerla en brazos y llevarla a mi habitación, le cuento a mamá el nombre que he inventado. Mamá me felicita y me da un gran beso. «Ahora déjame descansar un ratito, cariño. Pásalo muy bien con Carmila. Seguro que seréis buenos amigos».

Carmila pesa muy poco. Mejor. Cuando se rompa, será fácil tirarla. Mamá ya está un poquito vieja y no es bueno que cargue pesos. Mamá me explicó que las muñecas rotas hay que tirarlas en un sitio especial. Como yo no puedo bajar a la calle, al menos me deja que la ayude a preparar las bolsas. «Mete trocitos pequeños en cada una, hijo, como ya te he enseñado», me insiste siempre. Me pone un poquito triste ver así a las muñecas, pero como ya no puedo jugar con ellas, sé que eso es lo mejor. Y que muy pronto tendré una nueva para seguir jugando.

Hoy mamá no me ha despertado. Es muy raro. Lo que más me gusta (aparte de mis muñecas) es que mamá venga todas las mañanas a despertarme. Lo hace muy delicadamente. Primero me da un besito en la mejilla y después, con voz muy dulce, me dice: «Despierta, hijo, que ya es un nuevo día, a levantarse, perezoso». Yo la escucho abrazado a mi muñeca y me siento muy feliz. Pero hoy no ha venido.

Dejo a Carmila sobre la cama y voy a la habitación de mamá. Está tumbada en el suelo. Lleva puesto el camisón con el que siempre duerme. Tiene los ojos cerrados. La llamo flojito, para no asustarla, pero no se despierta. Me agacho y le digo al oído: «¡Mamá, mamá, despierta!». Pero no pasa nada. ¿Cómo puede estar tan dormida? Quizá duerme así por lo cansada que estaba ayer. Mejor me espero. Así puedo volver

a la cama y jugar con Carmila un ratito más antes de desayunar. Mamá nunca me deja hacerlo: «Primero, el desayuno, ya jugarás después, hijo. Todo a su tiempo».

Espero y espero pero mamá no viene a hacerme el desayuno. Cojo una galleta y voy a su habitación. Mamá sigue tumbada en el suelo. «Despierta, mamá, despierta, por favor». La agarro por los hombros. Su cabeza se balancea de un lado al otro pero no abre los ojos ni dice nada. No sé qué hacer. Mamá me dijo que nunca saliera a la calle. La cojo en brazos y la meto en su cama. Pesa tan poquito como Carmila. La tapo con la manta para que no coja frío.

Hace ya dos días que mamá no se mueve. Hoy la he sacado de la cama, le he peinado sus largos y bonitos cabellos y le he puesto uno de sus vestidos preferidos. Después la he sentado en el tresillo junto a Carmila. Le explico que estos días me he hecho yo la comida y la cama y que me lo he pasado muy bien haciéndolo, pero que me gusta más cuando es ella la que cocina. Como no puedo engañar a mamá, también le cuento que Carmila se me ha roto.

Mamá no dice nada, pero sé que me perdona. Entonces le digo que como ella no podrá ir a buscarme una muñeca nueva, que no se preocupe, que seguiré jugando con Carmila aunque esté rota. Todavía se pueden hacer buenos juegos con ella.

Y también contigo, mamá. Es muy bonito volver a jugar contigo como cuando era pequeño, cuando tú hacías de muñeca y yo tenía que peinarte y vestirte.

Los tres juntos lo vamos a pasar muy bien. Y esta vez prometo ser muy cuidadoso.

SIMBIOSIS

Para Anna Starobinets, que imaginó algo parecido

Para Saúl, por sus experimentos zoológicos

Ver cómo una hormiga sale de la nariz de tu hermano, se pasea por su mejilla y vuelve a entrar por el mismo agujero sin que este se inmute, resulta, cuanto menos, alarmante. Mi hermano siempre ha sido un tipo raro, pero esto va más allá de todo lo esperable.

La hormiga vuelve a aparecer. Esta vez se queda en la punta de la nariz, inmóvil. Vaya, ¿te has dado cuenta, verdad?, pregunta con voz calmada al ver la cara que he puesto. No te preocupes, no es nada malo. Las pobres ni siquiera molestan.

No sé qué me inquieta más, si su serenidad o ese plural. ¿Me está diciendo tan tranquilo que hay más hormigas paseándose libremente dentro de su cuerpo? Sin dejar de mirar su nariz, le pido que se explique, que me cuente lo que está ocurriendo.

Todo empezó hace unos tres meses. Aprovechando que papá y mamá se marchaban a Galicia a pasar el verano, me instalé en su casa (¿te avisé, verdad?). No es que me atrajese mucho la idea de volver al pueblo, pero allí la vida es más barata y, bueno, ya sabes que mamá siempre deja la despensa llena a rebosar.

Llevaba pocos días disfrutando a mis anchas de la casa, cuando descubrí varias hormigas paseándose por la encimera de la cocina. Las más atrevidas habían empezado a escalar las baldosas de la pared, seguramente guiadas por el dulzón aroma del azúcar y de las galletas que mamá guarda en los armarios superiores. Tuve suerte. Ninguna había localizado, todavía, mi comida.

Armado con un bote de insecticida, arrasé en un santiamén aquella primera oleada. Tras limpiar a fondo el armario y la encimera, revisé la cocina y el patio (por allí debían de haber entrado) en busca de más hormigas, pero no encontré ninguna. Las que se habían colado en casa solo eran una avanzadilla (después descubrí que se llaman recolectores) en busca de comida y no les había dado tiempo de avisar a sus hermanas del hormiguero para que viniesen a devastar mis provisiones.

Acabo de decir primera oleada, porque a esta siguieron tres más. La segunda tuvo lugar solo un día después. El ataque debió de iniciarse durante la noche. La amplia columna de hormigas que esta vez me encontré cuando fui a preparar el desayuno había logrado localizar la bolsa de Kellogg's abierta (culpa mía) y ahora se movía en dos direcciones: una hilera ascendente hasta la despensa, y otra descendente, cargada de trocitos de cereal, camino del hormiguero.

Vacíé sobre ellas dos botes de insecticida. Medio intoxicado por los efluvios de la fumigación, contemplé satisfecho la multitud de cadáveres que había dejado a mi

paso. Usé el aspirador para hacerlas desaparecer.

Salí al patio. Las hormigas cargadas con los cereales robados seguían caminando en fila india ajenas a la masacre de la cocina. Mientras las rociaba con el insecticida (ahora me arrepiento del placer que me proporcionaba verlas encogerse y agonizar bajo el chorro del *spray*), seguí su trayecto, que me condujo hasta un pequeño agujero en la pared del fondo del patio por el que desaparecían las pocas supervivientes. Ahí terminó mi persecución.

Con la ayuda de una escalera, me asomé por encima de la pared. Ya sabes que al otro lado hay un enorme descampado: tratar de perseguirlas ahí, o buscar el hormiguero, era inútil. Lo mejor iba a ser proteger la casa de un nuevo ataque.

Compré un potente insecticida en polvo. Tras cegar con cera derretida (no se me ocurrió nada mejor) el agujero que comunicaba el patio con el descampado, embadurné un amplio trozo de la pared con el veneno y derramé otra buena cantidad en los intersticios de la puerta y de las ventanas que dan al patio, revisando que ninguna de ellas tuviera agujeros o rendijas. Anulada la posibilidad de la acción directa, la única solución era convertir la casa en un bastión inexpugnable.

Fue en vano. Las hormigas habían decidido que la despensa de mamá era el lugar perfecto para abastecerse y no se iban a rendir.

Durante una semana, la casa permaneció libre. Cada tarde revisaba la pared del patio y reponía el veneno en aquellos lugares donde la acción del viento (o mi torpeza al pasar por allí) había dejado zonas sin protección.

Una mañana, tras volver del súper, descubrí que mis enemigas habían iniciado un nuevo asalto a la cocina. Esta vez habían concentrado sus fuerzas en el cubo de la basura, el cual, al mejor estilo de *Cuando ruge la marabunta*, estaba tapizado por una burbujeante masa de hormigas. La columna de insectos que conectaba el cubo con la ventana me indicó el lugar por el que habían traspasado mis defensas: una pequeña grieta en la madera que no estaba allí cuando la revisé días atrás. Y lo habían hecho muy rápido, porque cuando salí a comprar no vi ninguna en la cocina. Debieron esperar a que me fuera para lanzar su nuevo ataque. Pero regresé demasiado pronto para darles tiempo a que saquearan los desperdicios del cubo. Aprendí la lección: no había que dejar basura en casa sin vigilancia.

Mi reacción fue aún más sangrienta que las dos anteriores. Esta vez no usé el insecticida: empecé a aplastarlas con las manos y los pies, experimentando el mismo placer que de niños nos proporcionaba torturar lagartijas, mariposas, ranas. (¿Te acuerdas?). Tardé diez buenos minutos en exterminar al tercer ejército invasor. Después bloqueé la grieta en la madera, revisé el resto de ventanas y la puerta del patio, y salí a comprar un insecticida aún más mortífero.

A mi regreso descubrí un par de hormigas vagando por el pasillo. Dos recolectores. Si no los eliminaba y encontraban la comida, dejarían un rastro de feromonas entre la despensa y el hormiguero que marcaría la ruta para que cientos de sus compañeras volvieran a invadir la casa. Las aplasté con mi dedo índice.

Por suerte, la cocina continuaba limpia de insectos. Inspeccioné el resto de la casa, pero no encontré más hormigas. Espolvoreé con el nuevo insecticida el suelo de todo el patio, las ventanas, las puertas (a uno y otro lado), la base de los muebles de la cocina, el pasillo...

Era evidente que pronto volverían. Nada parecía detenerlas. Ni las muchas bajas sufridas en cada incursión.

Empecé a sentirme fascinado por su insistencia. No les importaba sacrificarse por el bien de la comunidad, por abastecer y proteger el hormiguero. Con esa determinación, ¿cómo iba a detenerlas? Sabían que en la casa había alimento. No tenían más que esperar el momento adecuado y lanzar una nueva ofensiva. Y tras esa, otra más, y otra más. Nunca se cansarían.

Empecé a arrepentirme de haberme instalado en la casa de nuestros padres. Y entonces me di cuenta de que yo había hecho lo mismo que ellas: esperar la ocasión para colarme allí y alimentarme a costa de la despensa de mamá.

Tenía que cambiar de estrategia.

En lugar de pelear, opté por la confraternización. Si necesitaban comida, yo se la proporcionaría. Pero estableciendo unas estrictas normas de convivencia, y así evitar que arrasasen mis provisiones. Fue entonces cuando se me ocurrió depositar junto a la puerta del patio un montoncito de azúcar. Dejé la puerta abierta para controlar el lugar por el que entrarían en casa.

No tardaron mucho en aparecer por allí tres recolectores. En menos de una hora, ya habían organizado una diligente columna de obreras. En cuanto transportaron al hormiguero todo el montoncito, yo repuse inmediatamente el azúcar.

Y así seguimos hasta que volvieron papá y mamá. Enseguida descubrí que era muy divertido pasar el rato con ellas. A veces me sentaba en el suelo y ponía azúcar en mi mano para que fueran a recogerla. Era como dar de comer a las palomas pero sin el riesgo de contagiarme de cualquiera de las muchas enfermedades que anidan en esos pájaros asquerosos. Me encantaba ver cómo escalaban por mi pierna y llegaban hasta la mano, para después hacer el recorrido inverso cargando con el trocito de azúcar. A veces las perdía de vista y volvía a localizarlas gracias a las cosquillas que me hacían al moverse bajo la camiseta o los pantalones. Otras veces, les llevaba la comida hasta el agujero de la pared del patio (así les ahorra parte del trayecto) y me quedaba a vigilar para que no aparecieran otros insectos que les pudieran robar el alimento.

Fue una convivencia muy feliz. Y como ya no tenía que vigilarlas, decidí aprovechar los últimos coletazos del verano haciendo alguna que otra excursión a la playa y a los bosques cercanos. A mi vuelta comprobaba aliviado que mis amigas (así había empezado a considerarlas) seguían concienzudamente entregadas al transporte del azúcar hasta el hormiguero sin explorar otras partes de la casa.

Cuando mamá y papá regresaron de Galicia, yo estaba pasando el día en la playa. Al volver, me encontré a mamá con un enfado monumental. Empezó a reñirme por ser un guarro, por no haber cuidado la casa como había prometido. Yo no entendía a qué se refería, hasta que caí en la cuenta. La dejé con la palabra en la boca y salí corriendo hacia la cocina. Como temía, el montón de azúcar había desaparecido y también las hormigas. El suelo de la cocina brillaba como nunca. Me asomé al patio: mamá también lo había fregado a conciencia. Estuve tentado de explicarle lo que había ocurrido, pero supuse que no me entendería o, peor, que pensaría que me había vuelto loco. Me disculpé por descuidar la higiene de su hogar y le anuncié que al día siguiente regresaría a mi pisito en Barcelona. No quería ser testigo de nuevas matanzas. Bueno, eso no se lo dije. La excusa que le di (no mentía) es que tenía que empezar un nuevo trabajo, el que ahora tengo en la biblioteca de mi barrio.

Enseguida empecé a echar de menos a mis amigas. Así que me compré un hormiguero artificial. Pero me daba pena tenerlas allí encerradas. No me bastaba con verlas, quería estar junto a ellas. Tocarlas, que me tocasen. Estaba seguro de que con ellas podría establecer la misma convivencia que tuve con las que vivían en casa de nuestros padres (espero que mamá no las haya exterminado a todas).

Para no destrozar el hormiguero que tan laboriosamente habían construido, hice un pequeño agujero en una de las esquinas superiores de la caja. El experimento del montoncito de azúcar volvió a funcionar sin problemas.

Cuando se acostumbraron a mi presencia, empecé a ponerme azúcar en los bolsillos, en los calcetines, en el pelo. No tardaron en recorrer mi cuerpo como antes habían hecho sus hermanas en casa de papá y mamá.

No sé cómo ocurrió, pero un día una de ellas se introdujo en mi nariz. Notar su cuerpo moviéndose por el interior de mis fosas nasales me alarmó y pensé en esas malas historias de terror sobre insectos que ponen sus huevos en oídos y otros orificios humanos. Estaba a punto de meterme el dedo para sacarla de allí, cuando me di cuenta de que la sensación no era tan desagradable. Incluso me divertí.

He dejado que vuelva a ocurrir otras muchas veces. Creo que a ellas les encanta pasearse por el interior de mi nariz. En ocasiones, entran varias. Alguna, más atrevida, ha alcanzado la garganta. Aunque no dudo en que llegarán más lejos. No me asusta. Me reconforta que esos animalitos confíen en mí, que sepan que no les voy a hacer nada malo. Hemos aprendido a respetarnos y a cuidarnos. Ellas campan a sus anchas y yo las alimento. La verdad es que me hacen mucha compañía.

Mi hermano se calla. En su cara se dibuja una sonrisa. No sé qué decirle, pero es tal la lógica de su historia, tal su convicción al contármela, que creo que me ha convencido.

Una hormiga aparece por la comisura de su boca. Luego otra. Y otra más. Mi hermano sigue sonriendo.

En la consulta del doctor Schrödinger
(RELATO ENCONTRADO)

Por favor, espere a ser atendido y no abra la puerta.
Puede haber una persona dentro, y podría ser usted.

GUERREROS

*Y este también, dijo Marlow de repente,
ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.*

Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*

La tregua está a punto de terminar.

Tumbado en mi cama, aguardo despierto a que se reanude la batalla. Ya no es el miedo lo que me mantiene en vela, sino una mezcla de excitación e impaciencia.

Veinte años de duro combate y todavía no han acabado conmigo. Cuando llegué aquí, mis compañeros me dijeron que tenía que ser fuerte y aguantar, que poco a poco uno se va acostumbrando a la lucha diaria. No tardé en descubrir que la fortaleza de la que hablaban no era física sino mental. Mi predecesor en el puesto me regaló un sabio consejo antes de marcharse: por encima de todo, mantener la calma. No hay día en que no lo recuerde, aunque es difícil cumplirlo. Nueve meses continuados de hostilidades son siempre excesivos, por mucho que después llegue el ansiado período de tregua. Y así año tras año.

Al principio, ante la inesperada crueldad de los ataques, pensé varias veces en huir. Pero no me habían entrenado para desertar. Ahora esa idea jamás asoma a mi cabeza. Soy demasiado viejo para empezar de nuevo en otro lugar. Tampoco sé hacer otra cosa.

Para los de fuera puede parecer extraño que la tregua nunca se rompa. Todos (ellos y nosotros) necesitamos esta pausa. El problema es que uno se habitúa a vivir sin ataques, casi los olvida. Y sin darte cuenta, los tres meses se acaban y la contienda vuelve a empezar, contra un enemigo al que nunca podremos vencer. Son muchos, incansables y están muy bien organizados. Como la marabunta.

Durante la tregua es muy habitual encontrarse con los atacantes por las calles de la ciudad. Sé que nada malo puede ocurrirme, pero cuando me cruzo con ellos siento un irrefrenable desasosiego.

Un grupo bastante numeroso suele reunirse en el parque que hay junto a mi casa. Aunque trato de evitarlo, hay ocasiones en que debo pasar muy cerca de ellos. La mayoría me mira imperturbable, y eso que muchos me conocen. Solo algunos me saludan. Cuando eso ocurre, acelero aún más el paso, pero no olvido responder con un gesto educado. Temo enfurecerlos y que más adelante, finalizada la tregua, se venguen de mi descortesía. Saben muy bien cómo hacerlo.

Por eso prefiero observarlos desde la seguridad de mi ventana. Hasta que llega la noche, pasan las horas entregados a lo que parecen simples e inocentes juegos. Hay uno que resulta estremecedor: tras elegir a suerte al que debe ocultarse, y darle un

tiempo prudencial para hacerlo, el resto tiene que dar con él. La cacería se realiza de forma metódica, implacable: como sabuesos, peinan la zona sistemáticamente hasta localizar —siempre lo hacen— el escondite de su compañero. Cuando lo descubren, estallan en risas y gritos de celebración (con esas mismas voces agudas que mañana volveré a escuchar, pero entonces ya no será solo un simulacro), y organizan otra batida con un nuevo voluntario que tratará en vano de esconderse, mientras sus disciplinados compañeros salen en su busca.

También fingen que juegan al fútbol. Los goles no son más que una excusa: tras dividirse en dos bandos, lo que en verdad hacen es ensayar variadas tácticas de ataque y defensa en grupo. Minuciosos ejercicios de coordinación y estrategia.

A lo largo de los años he visto caer a varios de mis compañeros. Lo usual es que las bajas se produzcan entre los más jóvenes e inexpertos: llegan aquí excitados por una visión romántica (y por ello inútil) de nuestra tarea, y eso los convierte en presa fácil. Los atacantes los localizan muy rápido y se ceban feroces con ellos. No es un espectáculo agradable de ver, pero al final te acostumbras.

Me inquieta más cuando el caído es algún veterano experimentado. No por un sentimiento de camaradería, sino porque eso me hace pensar en que el próximo puedo ser yo, algo que —no soy ingenuo— podría ocurrir en cualquier momento. Con el tiempo, uno se endurece. Las muchas batallas van debilitando tu empatía hasta borrarla por completo. Aunque esta tampoco sirve de mucho en el combate: mientras ellos atacan en grupo, tú siempre estás solo. Nadie va a pelear por ti, porque proteger a un compañero implica inevitablemente descuidar tu propia defensa. Algo que siempre se paga. Nunca hay que bajar la guardia. Ya descansaremos durante la próxima tregua.

Mantener la calma y preocuparse por uno mismo, no hay más.

Falta ya muy poco para que amanezca. Y me digo —como cada año— que esta vez todo será, por fin, diferente, que el nuevo curso discurrirá en paz.

INFINITOS

Para Maria João Simões

Quedan treinta segundos para que todo vuelva a comenzar. Para que todo se repita de nuevo.

Imposible saber cuándo empezó. ¿Cómo medir el tiempo cuando los relojes no contienen más que dos minutos?

Dos minutos es un período muy breve. Pero puede resultar inmenso si todo lo que hay a tu alrededor se repite sin cesar. He dejado de asomarme a la ventana: la imagen que la ciudad me devuelve es siempre la misma: el semáforo poniéndose rojo a las 10:29 h, el autobús (número 42) abriendo sus puertas y recogiendo al anciano que sube torpemente al vehículo, el niño que se escapa de la mano de su madre, el ciclista que se apoya en el taxi mientras espera la luz verde. Tampoco enciendo la televisión. ¿Para qué? Mi memoria puede reproducir hasta el más mínimo detalle lo que emiten los treinta y seis canales durante esos ciento veinte inapelables segundos.

Dos minutos en los que antes trataba de explicarle a Marta lo que me (nos) ocurre. Una empresa inútil que también he abandonado: ¿cómo convencerla si en pocos segundos lo olvidará?

Tiempo atrás (una expresión que ya no significa nada) se me ocurrió dejar por escrito lo que me sucede, como documento que corroborase este fenómeno imposible. Pero una vez que el lapso termina y el contador vuelve a cero, las palabras se borran del ordenador. Tampoco tiene sentido escribirlo en un papel, pues está condenado a recuperar su estado original, como si las palabras jamás hubieran sido escritas.

El plazo se acaba. Dentro de diez segundos Marta entrará en la habitación y me preguntará por su teléfono. Y yo, como siempre, la esperaré con él en la mano, mientras ella me mirará divertida y asombrada. Un juego sin sentido que, pese a todo, me resisto a abandonar. Ver la sorpresa en su cara —completamente ajena a lo que sucede— me hace sentir, durante un mínimo instante, que esto ocurre por primera vez, que la vida continuará por fin su curso normal y no se repetirá cada dos minutos.

Dos minutos infinitos en los que tampoco puedo morir.

MITOS OMITIÉNDOSE

Para Violeta Rojo

Tras recibir el informe de la agencia de contactos, Midas llamó inmediatamente a Medusa y se ofreció a recogerla en su casa.

Y allí siguen, de pie a un lado y al otro del umbral, entrechocando sus manos y mirándose a los ojos para siempre.

ALTRUISMO

*Sobrevivir a cualquier precio. Sobrevivir
aun a costa de nuestra misma especie.
Sobrevivir porque eso está en todas las naturalezas.*

Cecilia Eudave, «Sobrevivir...»

Sentado en la parte más alta del tobogán, el niño era la viva imagen del desconsuelo. O así quise verlo. Cinco años, rostro exánime, ropita sucia y desgarrada. Pero no soy un ingenuo: sé lo que haría si pudiera alcanzarme.

Del niño también me fascinó su inesperado comportamiento. Cuando un adulto pasaba a su lado, trataba torpemente de agarrarse de su mano. Imperturbable, el elegido se soltaba y continuaba su errático deambular. El niño volvía a intentarlo con otro. Cuando se quedaba solo —nunca abandona el parque—, se encaramaba en el tobogán.

Todavía sigue haciéndolo. Y yo aún espero —sé que es absurdo— que alguna vez se deslice por él.

Desde mi ventana pude contemplar cómo las bestias devoraron a varios de mis vecinos. Aunque no puedo ocultar que en algunos casos me alegré: la quiosquera y su voz insoportable, el niño del quinto (por fin su moto dejaría de despertarme de madrugada), los dos hípsters cretinos del restaurante de la esquina. La epidemia al menos sirvió para inyectar un poco de justicia poética en el barrio.

Todo eso fue antes de que se produjera el éxodo masivo y las calles quedaran en manos de las alimañas. El contagio fue tan veloz que ni siquiera dio tiempo a que se produjesen los esperados saqueos.

Son ya siete meses de encierro. Sin electricidad, es imposible saber qué ocurre más allá del parque que rodea nuestro edificio. Soldados y policías dejaron muy pronto de patrullar: los que nos quedamos ya no éramos responsabilidad suya.

Aunque no creo que el destino de los que se fueron haya sido mejor que el nuestro.

Añoro las tardes en las que podía pasear por el parque. Sentarme en un banco sin preocupaciones, sin pensamientos. Con el sol acariciándome la cara.

Siempre he sabido que todo esto era efímero, que, con suerte, tendría algunos meses de prórroga ante una muerte anunciada. Sed, hambre, enfermedad. Mi

intención desde el primer día ha sido vivir tranquilo antes de que el plazo se cumpla. Vivir sin futuro no ha estado mal. Como el niño, al que nada preocupa.

¿Para qué huir? Abandonar la ciudad, renunciar a la segura protección de mi edificio, significaba tener que localizar nuevos lugares donde ocultarse temporalmente para luego volver a escapar. La incesante búsqueda de agua y comida. Evitar a las bestias. Sufrimiento por sufrimiento, opté por quedarme en mi casa.

No sentí ni tristeza ni desesperación. Todo lo contrario. Las primeras semanas las dediqué, feliz, a leer, dormir, saquear los apartamentos abandonados. La precipitación de los vecinos fue mi aliada, pues dejaron frigoríficos y despensas repletos. Todavía visito las viviendas vacías en busca de libros, alcohol, pastillas para dormir.

Desde que descubrí al niño, también dediqué parte de mi tiempo a espiarlo desde la ventana. Me fascinaba y horrorizaba a la vez. Es el primero que ha aparecido por el parque.

Cuando estalló la epidemia, la mayoría de mis vecinos, obedeciendo las consignas del gobierno, salió de estampida. No sentí pena alguna.

Por fin había silencio en el edificio. Sin niños gritones, sin parejas insultándose en plena noche, sin televisores atronando. Nunca había sentido una calma tan agradable.

Lástima que durase muy poco. Cuatro deliciosas semanas. Un breve espejismo tras el cual mi ordenado universo empezó a resquebrajarse.

Extinguido ese plazo, me sentí como Burgess Meredith en uno de mis capítulos preferidos de *The Twilight Zone*: en él encarna a un insaciable lector que, tras el apocalipsis nuclear, se queda solo, feliz de saber que ya nadie le molestará y podrá dedicar todo su tiempo a leer. El desenlace de la historia es perversamente irónico: se le rompen las gafas.

A mí el azar me reservaba algo peor: seis insoportables ancianos.

Nadie me obligó a hacerme cargo de ellos. Lo hice por pura subsistencia física y, sobre todo, mental. Ocuparme de aquellos carcamales evitaría —gran error— que se inmiscuyeran en mi vida.

Durante esas cuatro paradisiacas semanas, había podido evitarlos. Pasaba días sin verlos. No me molestaban. Abandonados por sus familiares en la soledad de sus pisos, los seis ancianos (un matrimonio y cuatro viudas) asumieron con docilidad las normas que les impuse. Si quería vivir tranquilo, era esencial tenerlos controlados, lo que implicaba suministrarles agua y comida y, sobre todo, convencerlos de que no abrieran la puerta de la calle. No me preocupaba su seguridad, sino la mía. Como no me fiaba de ellos, la bloqueé para impedirles que pudieran cruzarla. Si querían salir, que saltaran por las ventanas. Cuantos menos compañeros de encierro, más agua y víveres —más tiempo— para mí.

¿Por qué el niño se queda en el parque? ¿Por qué no se une a la manada? ¿Qué lo retiene allí? Las películas nos han enseñado que esas bestias no piensan, que no tienen emociones ni recuerdos. Ficciones. Quizá quede en su cerebro un atisbo de memoria que lo ata al lugar en el que solía jugar antes de la epidemia. O quizá me lo invento. Lo cierto es que no abandona nunca el parque. Verlo sentado en el tobogán es una imagen inquietante.

Pero al mismo tiempo ver al niño me tranquilizaba, y lo sigue haciendo. Lo primero que hago cada mañana —desde el primer día en que se instaló en el parque— es asomarme a la ventana y comprobar que sigue ahí. Porque también ha nacido en mí un nuevo temor (absurdo, lo sé): que el niño desaparezca. Me he acostumbrado a él, a cuidarlo en la distancia.

El suministro de agua y gas, como el de electricidad, no tardó en interrumpirse. Al principio fue un engorro cocinar en pequeñas hogueras (por suerte, teníamos una abundante provisión de puertas y muebles). Los ancianos no tardaron en acostumbrarse. Solo tuvimos dos pequeños incendios, que pude controlar sin demasiados problemas.

Reconozco que mi —nuestro— encierro no hubiera sido igual sin la tienda del pakistaní de la planta baja. Fue el último en marcharse. Nunca antes había visto cerrado su negocio. Tras mucho esfuerzo, tratando de no delatarme con el ruido, logré forzar las rejas de la ventana de la tienda que da al patio de luces. Al ver lo que aquel tipo tenía allí almacenado, lloré como un niño.

Por suerte, los ancianos no podían acceder a la cueva del tesoro. No sé qué hubiera ocurrido con gente más ágil. Sin embargo, no eran tontos: sabían que dependían de mí y no protestaron por el estricto racionamiento al que empecé a someterlos. Aunque eso no les impidió convertirse en una auténtica tortura.

Solían reunirse en el apartamento del matrimonio del principal hasta la caída del sol. Pese a los cinco pisos de distancia, llegaba hasta mí el ruido de los cubiletes cuando jugaban al parchís, el rumor de risas inesperadas. Como si en las calles no se hubiera desatado el apocalipsis, como si estuvieran de vacaciones con el Imsero.

Supongo que pagaron conmigo la decepción de no ser rescatados por sus hijos tal y como estos les habían prometido. Yo, para tranquilizarles, insistía en que quizá sus familiares ya habían sido devorados, que ellos habían tenido más suerte quedándose en nuestro seguro edificio. No sé si me creyeron, pero su aparente afabilidad pronto se transmutó en una sucesión de exigencias sin fin.

Al menos siguieron realizando las dos tareas esenciales que les encargué: vaciar los cubos de excrementos y recoger agua de lluvia.

La vieja del entresuelo fue mi peor pesadilla. La mujer vivía aterrorizada ante la posibilidad de que los monstruos asaltasen su hogar. No dejé de repetirle que las verjas de sus ventanas eran infranqueables para aquellos descerebrados, que si tenía miedo se mudase a uno de los muchos apartamentos vacíos de los pisos superiores, pero la horrible anciana no quería abandonar el lugar en el que había vivido los últimos cincuenta años. Cada noche me obligaba a revisar habitación por habitación —con ella cojeando a mis espaldas—, como si aquellas bestias tuvieran el ingenio o la paciencia de esconderse en la oscuridad para esperarla, cuando lo suyo es la acción directa. Por suerte, no duró mucho.

Ahora ya solo quedan cuatro. Y muy pronto serán tres. El hambre y la edad han jugado a mi favor.

No fuimos los únicos del barrio en quedarnos. Al otro lado del parque he visto ventanas iluminadas. Luces tan lejanas como planetas. Nunca he tratado de comunicarme con ellos. ¿Para qué? Allí habrá otros como yo, atrapados, luchando por sobrevivir día a día, seguramente cuidando de carcamales insoportables. Ya tengo suficiente compañía con los míos. Y encima tendríamos que compartir nuestras provisiones. Tiempos crueles, medidas crueles.

Conforme pasaban las semanas, empezó a inquietarme que el niño no comiera. Quizá se alimentaba cuando yo dormía o en los momentos en los que me alejaba de la ventana. Pero nunca lo vi comer. Y nunca abandonaba el parque. Demasiado pequeño para poder cazar, demasiado débil para competir con los adultos por un pedazo de carne.

La primera en caer fue la vieja del 2.^o-2.^a. Una boca menos a la que alimentar y dar de beber. Tras un rápido velatorio, tuve que ser yo el que se encargara del problema.

Estaba a punto de lanzar el cadáver por la ventana, cuando vi al pobre niño sentado sobre el tobogán. Entonces supe lo que debía hacer.

Trocearla no fue nada fácil. No solo por el asco (con el tiempo he dejado de sentirlo), sino por el laborioso trabajo que implica descuartizar un cuerpo humano con la sola ayuda de un cuchillo jamonero y de una pequeña sierra. Y, encima, tratando de hacer el menor ruido posible para no alarmar a los ancianos.

Convenientemente despedazado, el cuerpo me permitió alimentar al niño durante un mes. Las neveras de la tienda, aunque no funcionaban, al menos cerraban herméticamente. Y a él no le iba a importar el estado de la carne.

Lo más difícil fue entregarle la comida. Me aterrorizaba volver a salir a la calle. Estudié las idas y venidas de los adultos. Aunque, como era lógico, no tenían un horario fijo para hacerlas, pude comprobar que cuando se ausentaban, tardaban varias horas en volver. Alimentarlo a solas, además, impediría que sus congéneres le

arrebataren la comida. Busqué la ventana más próxima al parque, pero me fue imposible alcanzar el tobogán: el antebrazo de la anciana cayó muy lejos del niño y ni se enteró de su presencia.

Debía ser yo el que se acercara. Me asomé por varias ventanas para comprobar que el niño estaba solo. La sensación de pisar por primera vez la calle tras varios meses de reclusión, fue muy extraña. Y excitante. Me acerqué en silencio, despacio. Fue su olfato el que primero me localizó. El niño se irguió como un resorte, pero antes de que saltara del tobogán, le arrojé mi carga y salí corriendo.

Desde la seguridad de mi ventana, me tranquilizó verlo comer. Aunque su cara no mostraba emoción alguna, a mis ojos el pobre disfrutó de aquellas vísceras como cualquier niño con su pastel de cumpleaños. La misma ansia, el mismo masticar a dos carrillos. Ni siquiera la imagen de su boca chorreante de sangre al arrancar pedazos de hígado empañó mi felicidad.

No sé si fue algo casual, pero desde la muerte de la del 2.º-2.ª los viejos se volvieron aún más insoportables. Debieron pactarlo durante alguna partida de parchís, pues sus visitas a mi apartamento se hicieron mucho más frecuentes. Habían decidido no dejarme tranquilo. Siempre venían en parejas a soltarme su retahíla de lamentos. O de batallitas. No había manera de echarlos. No abrirles tampoco funcionó: se quedaban allí durante horas —no tenían nada mejor que hacer—, llamando a la puerta, gritando mi nombre. La cosa no terminaba ahí: todos querían el mismo «trato de favor» que le estaba dando a la loca del entresuelo. De pronto, todos tenían pavor a que los monstruos los devorasen mientras dormían.

Les amenacé con cortarles el suministro de víveres. Ellos me amenazaron con cortar la cuerda cuando me deslizara hasta la cueva del tesoro.

Empecé a envidiar al niño. Su vida no parecía tan mala. Todo el día en el parque, sin obligaciones, sin preocupaciones, sin carcamales que vigilar. Sin pensar.

No fue difícil arrojar por el hueco de la escalera a la vieja del entresuelo. Lo que más me costó fue decidirme a hacerlo. Ninguno de los ancianos sospechó de mí. Todos asumieron que fue culpa de su cojera. Hacía días que casi no salía de casa. «Le dolía mucho la pierna al caminar», apostilló la del 3.º-1.ª. «Seguro que la pobre debió tropezar al intentar bajar la escalera». Pero no lo hice solo por venganza: hacía una semana que se me había acabado la del 2.º-2.ª y el niño debía de tener hambre. Eso sí, reconozco que disfruté troceándola para alimentar a mi pupilo.

Las reservas del pakistaní han empezado a agotarse. Poco a poco he ido reduciendo la cantidad de agua y comida que les doy a los viejos. También es una manera de castigarlos. Y ni siquiera se enteran de ello. Pese a todo, han comprendido que debemos racionar todavía más los escasos víveres que quedan en la tienda. Aunque no han parado de protestar desde que he empezado a dejarles junto a sus

puertas paquetes de galletas, bolsas de patatas fritas, chucherías. La comida de verdad la reservo para mí. Desde entonces, cocino en la azotea para que no me pillen. Pero esto no puede durar mucho más.

Cada vez que le bajo un trozo de carne al niño es como si fuese la primera. Nuestra coreografía es siempre la misma: me acerco lentamente, él me localiza, se incorpora como un rayo, pero antes de que salte del tobogán para perseguirme, le arrojo el trozo de cadáver y escapo corriendo hacia el portal. Sin memoria, todo es más fácil para mí. También soy —por ahora— mucho más rápido que él.

Quizá me engaño, pero el niño tiene un aspecto cada vez más saludable. Parece más gordito, menos debilucho. No sé si estos monstruos crecen, pero lo que sí es cierto es que ya no luce aquella pinta de Oliver Twist que tenía al principio. Con un bañito y el pelo peinado, casi parecería un niño normal.

Un mes después, consumido el último trocito de la anciana del entresuelo, he tenido que escoger un nuevo cuerpo. El azar ha dictado que sea el matrimonio del principal. De ambos, el que parecía llevarlo peor era el marido. Se quejaba de dolores en el pecho, de que le costaba respirar. Sin saberlo, se estaba ofreciendo para el sacrificio. Y como dejar con vida a la inminente viuda resultaría insoportable, lo he preparado todo para que parezca un suicidio doble. La del 3.º-1.ª ha vuelto a ser mi involuntaria aliada: «Don Antonio no estaba nada bien y doña Patro lo quería tanto».

Racionándolos, me proporcionarán un par de meses de tranquilidad.

Las dos supervivientes cada vez molestan menos. Desaparecidos los del principal, pasan el día encerradas en sus respectivos pisos. Las pocas veces en que me cruzo con ellas, ya ni me saludan. La estricta dieta no ha tardado en pasarles factura. Delgadas, sin energía, parecen almas en pena. No tardarán mucho en convertirse en alimento para el niño.

Esta mañana he bajado a la tienda del pakistaní y ya no queda nada para comer. No hay vuelta atrás. Huir no va a servir de nada. Esto no es una película de Hollywood.

Resulta extraño volver a caminar por el parque. Me acerco al tobogán. El niño sigue solo. Me invade una gran serenidad.

El plan es sencillo. Dejar que me muerda y volver corriendo al edificio. La infección no tardará en extenderse por mi organismo. Las dos viejas aún siguen vivas: al menos durante un tiempo no tendré que pelearme por la comida. Y después podré regresar a mi parque añorado.

Si en mi cerebro descompuesto queda un atisbo de memoria, no soltaré su mano. Quizá podamos compartir el tobogán.

CUENTOS DICTADOS

EL OTRO

A mi hijo le gustan mucho los espejos. En eso no nos parecemos. Le encanta mirarse en ellos, palpar su superficie como si tratara de acariciar al niño que tiene enfrente. No sé si a su edad ya tiene conciencia de que lo que está viendo no es más que un simple reflejo de sí mismo. Todavía no habla, no puedo preguntarle.

Cuando cocino, lo siento en su trona y lo coloco ante el espejo que tenemos en el pasillo. Me fascina escuchar sus balbuceos en su idioma imposible, como si mantuviera una conversación de la que solo me llega su voz. A menudo, estalla en sonoras carcajadas.

De vez en cuando saco la cabeza por la puerta para controlarlo. Aunque también, lo confieso, para descubrir cuál es el motivo de su risa. Pero siempre que me asomo, lo encuentro callado, observando atentamente la superficie del espejo.

TRAS LOS PASOS DE ALICIA

Desde hace unos días, mi hijo está empeñado en mirar detrás del espejo que decora el recibidor. De los muchos que hay en casa, solo lo hace con ese. Resulta curioso que sea el que menos me gusta: no soporto abrir la puerta de la calle y que lo que primero que vea al entrar en casa sea a mí mismo.

No entiendo la pasión de mi mujer por esos trastos. Como no le bastaba con el espejo del recibidor y los que ya había en los dos baños y en el pasillo, ha colocado uno en nuestra habitación, otro en el cuarto de invitados y otro más en el despacho.

Frente a los otros seis espejos, el niño se comporta siempre igual: se mira fijamente, manosea su superficie, a veces llega a darle (¿darse?) un beso. Sin embargo, cuando lo coloco ante el del recibidor lo primero que hace es aferrarse con fuerza al marco y tirar de él para separar el espejo de la pared. A continuación, trata sin éxito de meter su carita por ese mínimo espacio para, imagino, asomarse a su interior. El fracaso de la operación no le detiene, pues el niño opta, entonces, por introducir su bracito por la estrecha rendija, intentando que el resto de su cuerpo lo acompañe por el mismo camino. Comprobar que esa acción también es imposible, siempre le enfada. Pero hasta ahora no ha dejado de intentarlo.

Ayer lo pillé gateando por el pasillo en dirección al recibidor.

Tendré que vigilarlo cuando empiece a caminar.

REFLEJOS

No sé cómo voy a explicarle a mi mujer que he perdido a nuestro hijo.

Bueno, en realidad no lo he perdido, solo que me es imposible reconocerlo entre los ocho niños idénticos que juegan sobre la alfombra del salón.

Ha sido culpa mía. No me he dado cuenta de su ausencia hasta que he escuchado un enorme estrépito de cristales rotos. Enseguida he sabido que se trataba del espejo del recibidor, el mismo que el niño no deja de visitar una y otra vez, obsesionado con apartarlo de la pared y mirar detrás de él.

He salido corriendo con el corazón en un puño, mientras imaginaba todo tipo de terribles desgracias. Pero no me esperaba lo que he encontrado allí. Sentados en el suelo, rodeados de pedazos de cristal, ilesos y tranquilos, dos niños idénticos me miraban con una amplia sonrisa. Antes de poder reaccionar, antes de tratar de determinar cuál de los dos era mi hijo, he escuchado otro estruendo de cristales aún más fuerte que el anterior. De forma instintiva, he cogido a los dos niños en brazos y he ido a ver qué ocurría.

El primer lugar en el que me he parado ha sido el baño. La puerta estaba abierta y, como antes había ocurrido en el recibidor, un gemelo de mi hijo estaba sentado en el suelo y nos observaba con cara divertida. Los siguientes me esperaban ante los pedazos de los espejos que mi mujer había colocado en el pasillo, en el otro baño, en los dos dormitorios y en el despacho. Cinco gemelos más. Ninguno ha protestado cuando lo he cogido. En varios viajes los he transportado hasta el salón.

Ahí siguen, felices, ajenos a mi inquietud, mientras aguardo a que ella llegue. Quizá sea capaz de reconocer a nuestro hijo entre sus clones. Aunque lo dudo. Cuando lo llamo por su nombre, los ocho giran sus caritas a la vez y me observan con la misma sonrisa que él siempre me regala cuando jugamos juntos.

HORA DEL CUENTO

Sentado en la oscuridad, espero que mi hijo, como cada noche, me pida un cuento. Un cuento que, además, debo inventar a partir de dos o tres palabras que él me da.

Papi, hoy quiero que me cuentes una historia sobre Godzilla y el calamar colosal.

Uy, esa no me la sé —le digo, para ver cómo reacciona.

Pues es fácil: la tienes escrita en el techo —responde de inmediato.

Por un instante, estoy tentado de apretar el interruptor de la lamparita y mirar hacia arriba.

Opto por concentrarme en la aventura del monstruo mutante, deseando que hoy el niño no tarde mucho en dormirse.